
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
Cautivos del
espacio
JOE BENNETT.

Table of Contents

Annotation

Mercurio es el planeta más cercano en orden de aproximación al Sol. Después viene Venus, brillante cual estrella de alta magnitud, y en tercer lugar, pero descollando de todos los restantes por la maravillosa representación viva de sus audaces pobladores, aparece la Tierra, el planeta dueño y señor del espacio, el único capaz de regir, conquistar y dominar la infinita vastedad de los espacios siderales.

Bill Sanders se sentía enormemente feliz de pertenecer a la Tierra mientras accionaba los mandos subalternos de la poderosa astronave en su rauda evolución hacia la masa oscura y turbia de Júpiter. Había llegado al término de su viaje y comenzaba a imprimir escapes de deceleración en los estabilizadores tangenciales consciente de que esta habitual maniobra completaba la última etapa del vuelo interplanetario.

Cautivos del espacio

Joe Bennett

Cautivos del espacio

Luchadores del Espacio, 122


JOE BENNETT
CAUTIVOS DEL ESPACIO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

UNAS PALABRAS



Cautivos del espacio
por
JOE BENNETT

UNAS PALABRAS

La acción de esta novela transcurre en una época futura a la que todavía el Hombre sólo ha soñado en llegar, dejándose arrastrar por la mas desbordante fantasía. Los relatos de ciencia-ficción son cada vez más abundantes y a menudo, se basan en pilares científicos razonados con asombrosa verosimilitud.

El mundo atraviesa por una fase experimental y comienza a cosechar sus frutos. Quizá nosotros, los actuales pobladores del planeta Tierra, apenas logremos gozar de los adelantos primerizos en el vastísimo campo de la exploración y conquista espacial. Pero nuestros nietos, sin duda, vivirán el apogeo de los grandes avances y acaso integren las filas vanguardistas de los viajeros del espacio en calidad de testigos.

En estos días, hemos contemplado con asombro la realización de unas quimeras científicas que a nuestros abuelos les habrían parecido absurdas e inverosímiles. El mundo, encabezado por el Hombre, ha lanzado al negro cielo del Universo sus primeros satélites interplanetarios. La Luna ha sido humillada con la presencia de otros corpúsculos de artificio ceñidos a la órbita terrestre.

Se ha dado el primer paso firme para iniciar el camino que ya abrió la ciencia-ficción con sus relatos fantásticos, y también llegará el momento de que se transformen en realidades cuantos argumentos puramente imaginativos anticiparon las novelas de fantasía científica.

Tras el lanzamiento de satélites artificiales, el espacio espera la presencia del Hombre. Los secretos revelados a fuerza de penosísimo estudio con la ayuda del telescopio electrónico, la cámara gigante, la termocupla y el análisis espectroscópico, serán ampliados ahora, y desmenuzados hasta el máximo, con el bombardeo de proyectiles teledirigidos y cohetes interestelares tripulados por seres humanos.

Puede que antes de que termine el siglo, la Luna, nuestro frío y cadavérico acompañante orbital, vea hollados sus cráteres y cadenas montañosas por una patrulla de pioneros en su primer viaje selenita. Luego, se creará el cinturón de bases para ser utilizadas como trampolín en el increíble salto hacia mundos ignotos.

En esta novela, todo ello se da por sentado. El lector se sentirá arrastrado a través del vacío del tiempo, igual que si al volver la página del presente prefacio acabasen de transcurrir varios siglos.

Ya no hay teoría. El vuelo interplanetario es un hecho, vencidos todos los obstáculos y resueltas favorablemente cuantas dificultades existen para la endeble estructura humana, formada por tejidos, huesos, aparato pulmonar, sangre y débil corazón. Cuando empieza

este relato, la navegación espacial se realiza tan sencillamente como el traslado aéreo de nuestros días. Existe el comercio del espacio, la vida y la aventura…

El Hombre puede viajar a velocidades escalofriantes sin inmutarse, y las rutas de las galaxias se ven surcadas, en medio del oscuro vacío celeste, por astronaves de la Tierra que parten, se detienen y cruzan cotidianamente en todas las direcciones del Sistema Solar.

Si el lector admite tal fantasía y se compenetra con el ambiente, la novela le parecerá real, un vívido anticipo del futuro. Por ello he preferido advertirle de antemano y rogarle que, en aras del placer que pueda proporcionarle la lectura, crea sin discusión las extraordinarias aventuras que en breve tomarán vida en su imaginación.

EL AUTOR

CAPITULO PRIMERO

Lunas de Júpiter

Mercurio es el planeta más cercano en orden de aproximación al Sol. Después viene Venus, brillante cual estrella de alta magnitud, y en tercer lugar, pero descollando de todos los restantes por la maravillosa representación viva de sus audaces pobladores, aparece la Tierra, el planeta dueño y señor del espacio, el único capaz de regir, conquistar y dominar la infinita vastedad de los espacios siderales.

Bill Sanders se sentía enormemente feliz de pertenecer a la Tierra mientras accionaba los mandos subalternos de la poderosa astronave en su rauda evolución hacia la masa oscura y turbia de Júpiter. Había llegado al término de su viaje y comenzaba a imprimir escapes de deceleración en los estabilizadores tangenciales consciente de que esta habitual maniobra completaba la última etapa del vuelo interplanetario.

A su lado, tan atento al salpicadero electrónico de instrumentos como él, se hallaba Leo Carvel, otro terrestre a quien cabía el orgullo de contarse entre la legión de expertos «vagaespacios».

—Llegamos —dijo Leo—. Debía sentirme feliz y sin embargo, estoy triste.

—No hay motivo para esa tristeza —sonrió Bill accionando el reóstato de encendido que iluminaría la pantalla de tele-observación. ¿Quieres echar una ojeada a la «nevera»?

Leo se encogió de hombros y miró con displicencia la familiar imagen que acababa de aparecer en el tele-objetivo de plástico opaco. Sí. Allí destacaba Júpiter, el gran gigante del espacio, tan diametralmente opuesto al rojizo Marte que dejaron atrás tiempo antes. Júpiter, el más grande de los planetas mayores, aparecía colgando del espacio igual que una mancha terrosa, rodeado de sus lunas gélidas y desparramadas caprichosamente. Bill tuvo razón al llamarle la «nevera».

—Es lo que más me molesta de esta profesión —gruñó Leo Carvel —. Se me congelan los huesos cada vez que descendemos..., y luego necesito una temporada para entrar en calor. ¿Por qué diablos nos envía siempre la Compañía a estos lugares? Cualquier día pediré la ruta de...

—Porque nosotros somos pilotos del transporte de uranio.

—Mas preferiría cargar hierro, o vegetales, o diamantes...

—Deja de gruñir, Leo —pidió Bill—. Si el jefe te oyese, creería que estás demasiado viejo para volar. Eso le obligaría a retirarte la

licencia y relegarte a trabajos auxiliares. ¿Lo preferirías?

—No —confesó el copiloto con franqueza—. Prefiero el frío.

—También a mí me ha costado habituarme..., y creo que a todos los terrestres. Los rayos del Sol no bastan para calentar a las cinco «neveras», pero el negocio exige estos pequeños sacrificios, porque es productivo extraer las riquezas que atesoran[1]. En mi primer viaje creí morir. Ni siquiera el equipo climatizado bastó para impedir que tiritase como una gallina del tiempo de nuestros antepasados. Ahora, me parece que ya puedo resistirlo y hasta encuentro el lado bueno del oficio. Fíjate en la pantalla. ¿Sabes cuántos millones de terrestres existen en el Universo que jamás han contemplado de cerca nada igual?

—Un espectáculo único —rezongó Leo—. ¡Bah! ¡Me revienta Júpiter y sus famosas tele-panorámicas!

Bill Sanders volvió a reír, divertido, y cerró las llaves del combustible, dejando en estado de «ataque» los ácidos de extinción por si la diferencia de presión, temperatura y densidad de atmósfera afectaba el funcionamiento atómico de los propulsores. Seguía mirando la pantalla y gozando —a su modo— de lo que no dudaba en calificar de espectáculo.

Júpiter, un mundo frío y circundado de hielos cuyas capas se estratifican en miles de kilómetros de grosor, permanecía inmóvil ante sus ojos, siempre ofreciendo el aspecto tétrico de cuerpo celeste muerto, siniestro y agorero. Su atmósfera, rica en compuestos hidrogenados y de helio, parecía agitarse barrida por un huracán apocalíptico. Desde la tremenda altura, sólo alcanzaban a distinguir las incoloras manchas de sus lagos de amoníaco, las «ciénagas de la muerte», como las llamaban, en donde cientos de terrestres habían encontrado su tumba líquida.

La pavorosa masa de su cuerpo realizaba una vuelta entera sobre sí mismo en el sorprendente ciclo de menos de diez horas terrestres. Por ello, y a causa de la rapidez su movimiento de rotación, ofrecía un extraño achatamiento que sólo existía en virtud del engañoso espejismo óptico. También podía verse, entre las nubes nocivas de su atmósfera, la Gran Mancha Roja, una superficie elíptica cercana al Ecuador del planeta. Luego, al aproximarse, resaltaron mejor sus lunas, de entre las cuales descollaban Io —tan grande como la Luna—, Europa, Callisto y Ganymede. punto de destino para la astronave de la COMPAÑIA MINERA PLANETAL, para la que trabajaban Bill y Leo.

En Ganymede se detendrían a cargar. Aquel satélite siempre impresionó a Bill, acaso tanto por su helada grandeza como por el descompasado tamaño. En el área espacial de Júpiter habían muchas cosas gigantescas y Ganymede era una de ellas.

Nunca había estado en Mercurio, porque la Ruta del Sol

correspondía a otros pilotos, pero sabía que Ganymede y Callisto eran más grandes que el propio Mercurio. A través de la pantalla, ya descendiendo entre brumas y despojos químicos en volatilización, echó una ojeada a las restantes lunas, tres de las cuales se distinguían por su extravagante categoría de «retrógrada»[2] . ¡Bonita forma de ganarse la vida tenían los «vagaespacios»!

—A pesar de lo que tú opines —murmuró— es hermoso todo esto. Hace que los terrestres nos sintamos un poco semidioses.

—Jamas me he sentido algo mejor de lo que soy —replicó Leo Carvel—. Un hombre piloto interplanetario.

—¿Has estudiado la Historia alguna vez?

—Muchas.

—Si los hombres que asistieron admirados al lanzamiento de la primera bomba atómica pudiesen acompañarnos en este vuelo, seguro que ellos sí pensarían en lo de semidioses.

—Si nos ponemos a recordar los tiempos históricos te diré que... —Leo frunció las cejas, contrariado, y se interrumpió a mitad del discurso que parecía a punto de pronunciar.

—¿Qué te ocurre?

—¡Oh, Bill! —casi gimió—. ¡Mira eso! ¡Tenemos tormenta!

Bill Sanders lanzó una carcajada ante el cómico malhumor de su compañero y amigo. Las agujas platinadas del detector climatológico oscilaban dentro de las esferas luminosas, señalando las variaciones térmicas de la zona que atravesaban. También la cadena de resistencias había aumentado en intensidad colorante. En efecto, reinaba la tempestad en Júpiter, lo cual, realmente, no constituía excesiva novedad.

Las señales de captación registraban explosiones químicas en la atmósfera y la alteración gradual de las capas de hidrógeno, sin duda agitadas por corrientes de sodio, anticipaban un tiempo infernal.

—¡Es lo único que me faltaba para odiar todavía más este cochambre de planeta!

—No se te ocurra decirlo en la Compañía. Gracias a la prioridad de explotación, nosotros extraemos más uranio que nadie del Universo. La cochambre, como tú le llamas, es un imperio de fortunas mineras.

—¡Al cuerno con el uranio! ¡Voy a perder la salud como continúe volando a Júpiter!

Bill reía aún alegremente cuando envió la señal y los observadores del cohetódromo, tras recibirla, autorizaron la toma de tierra. La astronave, silenciosa. comenzó a descender, guiada por las ondas de atracción capaces de compensar la ausencia de gravedad. El «corazón» de la máquina, es decir, sus medios de propulsión,

funcionaban por inercia, exentos de energía propia. Una llanura pelada, y límpida como un inmenso témpano, apareció en la pantalla.

Cinco minutos después, mientras Bill desconectaba los mandos y disponía la red electrónica de seguridad, el ciclópeo huso plateado se posó sobre las aletas de cola y quedó en posición vertical, con la punta de metal superduro apuntada al firmamento negro, casi enteramente ocupado por Júpiter. Habían descendido en la base terrestre de Ganymede. En torno, salpicando el horizonte astral, fulgían mortecinamente las agónicas lunas de Júpiter.

CAPITULO II

Ley de alerta

Bill se desvistió del traje de vacío para volar y empezó a meterse dentro del formidable equipo acondicionado para resistir la temperatura y rigores atmosféricos de Júpiter. Habíase ya encasquetado la escafandra vítrea, reluciente como un brillante, cuando Leo Carvel todavía hallábase atareado en cerrar los broches de las botas superpesadas de gravitación.

Distraídamente, con aquella curiosidad típica que le permitía ver las peores cosas de la vida con desenfadado optimismo, se aproximó a uno de los ventanos laterales de la cabina de dirección. Sí. Afuera, violento, rugía el clásico huracan de Júpiter.

Gracias al equipo especial podrían sobrevivir en el planeta cuya bajísima temperatura media sobrepasaba los **140º centígrados** (*). Algo tan horrible como sólo se daba en los Polos de la Tierra ocasionalmente y que allí, por fatal designio, constituía el plato cotidiano para los esforzados moradores.

(*) Literal del original

Abrió la espita del oxígeno y sintió su frescor agradable en el paladar. Leo estaba terminando y conectaba los bornes del sistema calorífico interior del traje. La epidermis de su rostro adquirió un tono sonrosado al acusar el calor y por primera vez desde que avistaron el planeta a través de la pantalla, una sonrisa beneplácita curvó sus labios. Agitó una enguantada mano, tanteó el suelo con las plúmbeas botas y luego, empleando el amplificador de voz, cuya antena de recepción se cimbreaba en la parte posterior del yelmo diamantino, notificó:

—Listo para visitar el glaciar.

—Cada día te cuesta más tiempo —censuró Bill sin acritud, empleando el mismo procedimiento acústico—. Salgamos. Fox debe estar esperándonos junto al elevador.

Lino Fox, el otro ocupante de la espacionave, trabajaba para la COMPAÑIA MINERA PLANETAL en calidad de vigilante. Era el encargado, y responsable, de los contingentes de uranio en bloques cristalizados que se acumularían en el transporte nada más abandonasen Ganymede. A él correspondía velar para que nada faltase a la hora del recuento.

Moviéndose con cierta torpeza a causa del equipo protector, Bill y Leo llegaron hasta el túnel central de la astronave, que la horadaba de proa a popa igual que una gran arteria. Lino Fox, tal como supusieran,

les aguardaba junto al ascensor ultrarrápido que era, a la vez, hermética cámara de descompresión.

Se trataba de un hombre pálido, larguirucho, con la placa de guardián jurado impresa en el tejido naylonado de su traje, y la pistola de rayos eternamente sujeta a la cintura. Un fiel cumplidor del deber y quizá el que poseía la mejor hoja de servicios de todo el grupo elegido para policías de la Compañía. Jamás había tenido un simple desliz, ni sufrido robo alguno. Llevando a Fox a bordo, un piloto y su ayudante podían desentenderse de la mercancía y ocuparse sólo del vuelo.

—¡Hola! —saludó—. He visto al viejo Kusock salir del campo en su trineo mercurial. Se ha tomado la molestia de venir a recibirnos.

—¡Cuánto honor! —rezongó Leo Carvel—. Vendrá a comprobar la cara que ponemos nada más pisar sus dominios.

Los tres, sonriendo, se introdujeron en el cilindro de metal verde y Bill pulsó la puesta en marcha. Los quinientos metros y pico que separaban el vértice de la nave de su extremo opuesto, o sea la parte posterior de la misma, fueron devorados en pocos segundos por el elevador, cuyo motor dejaba escapar un susurrante silbido.

Ya en la base, Bill dio proyección al tobogán de salida, por el que se deslizaron hasta la costra de hielo endurecido, al tiempo que el trineo que tripulaba Kusock se detenía al pie, dejando una estela vaporosa detrás.

Los dos «vagaespacios» y el vigilante armado se aproximaron al vehículo, no tardando en captar el redoble veloz de su mecanismo alimentado por combustibles de mercurio protónico. Kusock, un terrestre grueso, orondo y de faz húmeda, les sonrió a través de su yelmo, y abrió la portezuela indicándoles que entrasen. Les saludó sin ceremonias, como debe hacer un jefe que se precie al dirigirse a sus subordinados.

Un gigantesco oruga-cisterna avanzaba pomposamente hacia la espacionave, ocupado por la cuadrilla de técnicos que darían el rutinario repaso general obligado en cada viaje. Bill fue el primero en aceptar la invitación y dejarse caer en el asiento contiguo al representante general de la Compañía en la base de Ganymede. Fox y Leo se acomodaron en los balancines supletorios.

Afuera, azotando la cúpula transparente del techo, una nube de cristales de amoniaco y metano enturbiaban buena parte de la visión. La tormenta química rugía con horrorizante ímpetu y las capas atmosféricas de hidrógeno bailaban hoscamente una clase de danza que a Carvel le irritaba sobremanera.

—¡Vaya tiempecito!

—Llevamos así varios días —declaró Kusock, con voz metálica por la amplificación sonora—. Pero los meteorólogos aseguran que ya no durara. Aquí estamos acostumbrados a los ciclones… ¿Qué tal el

viaje, Bill?

—Bueno —replicó Sanders escuetamente.

—El cargamento os espera. Debo admitir que hay menos que otras veces. Hemos tenido conflictos.

—¿Qué clase de conflictos, señor Kusock?

—Ya te lo explicaré más tarde. Espero que la dirección se muestre satisfecha de mi informe y no me ponga en más aprietos de los que ya tengo. Me consuela pensar que falta poco para llegar al término de mi período en Júpiter. ¿Qué pasa ahora por la Tierra?

—Sin novedad —dijo Bill, persistiendo en su laconismo.

—No has regresado muy hablador, ¿verdad?

—Estamos agotados.

—Eso supongo. Descansaréis dos días completos, si es posible. Os volverá la alegría. He reservado habitaciones para los tres en la Residencia. Ya pasaré a charlar contigo, Bill.

—Como disponga.

—Parece que fue ayer. La diferencia esta en esa tormenta —comentó Leo—. La última vez que nos vimos, señor Kusock, casi podía decirse que reinaba el buen tiempo.

—En este condenado satélite no reina el buen tiempo jamás. La culpa la tiene su atmósfera. ¿Cómo es posible que haya paz si el nitrógeno, el hidrógeno, el metano y el amoníaco se encuentran en constante guerra?

—No me lo recuerde, por favor —pidió el copiloto—. Estoy deseando volver a vagar por

el espacio. Allí, exceptuando los meteoritos, los rayos cósmicos y el polvo estelar, todo se parece a una balsa de aceite.

El trineo corría vertiginosamente por la llanura helada y no tardaron en dejar atrás las macizas edificaciones del cohetódromo. La ciudad propiamente dicha —o la colonia terrestre, para ser más exactos— se hallaba establecida en las entrañas de la tierra, lo mismo que un forúnculo subterráneo hormigueante de vida.

Al enfilar por la galería principal, iluminada por focos de cuarzo incandescente, Kusock dejó de pisar el acelerador y la velocidad se redujo a unos trescientos kilómetros por hora. Tardarían varios minutos más en llegar, pero convenía moderar la marcha, porque el tráfico producido por los cargueros de las minas obstaculizaba la inmensa avenida del subsuelo.

Allí abajo, aunque el frío seguía siendo intenso, no ululaba la tormenta y existía cierto alivio merced a los reflectores caloríficos de aclimatación. Las cuadrillas de trabajadores desfilaban por las cintas rodantes, de regreso al trabajo en las fosas profundísimas o francos de servicio. Bill, fijaba la vista en las hileras de gentes miserables, vestidos con paupérrimos equipos y absortos en sus propios

pensamientos.

Algunos fueron llevados hasta Júpiter forzosamente y otros por propia voluntad. Pero ninguno, ni los condenados a trabajar en los yacimientos de uranio por la ley ni los que libremente eligieron el destino tentados por los fabulosos salarios, parecían felices.

Eran gentes amargadas, olvidadas de la Humanidad, que sólo podrían regresar a sus mundos de origen cuando las enfermedades, la vejez o la corrosión orgánica les convirtiese en simples mutilados con apariencia de vivos.

Bill prefería no pensar en ello, porque entonces se sentía despreciable por trabajar para la MINERA PLANETAL. Los Gobiernos Conjuntos de la Tierra recibían fabulosos impuestos en compensación a permitir aquella especie de condena masiva. En cierta ocasión, años atrás, presenció el Movimiento Universal de protesta repudiando el lícito asesinato colectivo de que eran objeto los mineros del uranio. El tiempo y, sobre todo, el ejercicio de la profesión, le fueron curtiendo después y hasta dejó de inquietarse.

Pero siempre que contemplaba el rebaño de despojos, famélicos y aplastados por el clima de Júpiter, volvía a su memoria el recuerdo del movimiento reivindicador que arrasaron los ejércitos terráqueos con bombas atómicas y proyectiles de gérmenes, hasta sofocarlo de raíz. No existía justicia verdadera donde imperaba lo que llamaban absurdamente civilización. Si acaso, la brutal ley del más fuerte. Sólo en el espacio, en el pozo infinito del cosmos salpicado de astros, quedaban restos de la mano de Dios, el Supremo Creador y el Único Juez.

—Estás pensando en algo malo —dijo Kusock de improviso.

—¿Es usted telépata?

—No; pero sé que lo estás pensando.

—Sí —admitió Bill.

—Preferiría que no lo hicieses, muchacho. En Ganymede existe ahora la ley de alerta. Creo que comprendes de sobra lo que pretendo darte a entender.

—¿Por qué no amplía la explicación? —pidió Bill.

—Después. De momento, sólo puedo aconsejarte que dejes la mente en blanco. Mi obligación es denunciar a cuantos sospechosos existan… y ya sabes lo que queda de un hombre después de haberle sometido a exploraciones mentales o lavados de cerebro.

—Una ruina —terció Lino Fox, que, como buen policía, atendía a la norma de escuchar mucho y hablar lo imprescindible.

—Justo —afirmó Kusock.

—Verdaderamente, algo malo debe estar ocurriendo en Ganymede —convino Bill—. Algo inesperado. ¿A santo de qué han implantado la ley de alerta?

—Sabotajes.

—¿En las minas?

—En muchos sitios.

—¿Cuál es la razón?

—Pueden ser varias… y hasta se cita el nombre de una persona. Pero esa persona no tardará en caer para siempre. Lo tenemos acorralado como una rata. He leído en tu cara el descontento, Bill… y se que lo motivan las filas de trabajadores. Tú eres de los tontos que aún creen en la igualdad de derechos. La teoría más prosaica y vieja de cuantas existen. A eso se le llama ahora en Ganymede «traición».

—Si es ahora…, estoy libre de sospechas. Acabo de regresar de muy lejos.

—Mejor es que no pienses. Resulta peligroso. Te envidio —agregó variando de tono—. Os envidio a los tres. Al menos, dentro de un par de días tendréis la suprema dicha de alejaros de este mundo torturado y envenenado por los recelos.

—No entiendo ni media palabra, señor Kusock.

—Mirad. Allí esta la Residencia. Hemos llegado, amigos.

Era una forma de cortar la conversación a rajatabla y los tres hombres que acompañaban a Kusock tuvieron que admitirla en virtud de su inferior jerarquía. Un jefe es un jefe, lo mismo en Júpiter que en la Tierra. Y el grueso Kusock representaba la máxima autoridad en lo tocante a la Compañía. Debían considerarse satisfechos con el generoso privilegio otorgado al acudir a recibirles en persona.

La Residencia para albergar al personal distinguido de la PLANETAL disponía de todos los adelantos en materia de comodidad que era posible ofrecer en tan remotas regiones del espacio. Hasta existía una clínica para tratamientos de calor húmedo, el medio más eficaz en lo tocante a las curas de relajamiento y desgaste físico. También allí podían encontrar el antiquísimo y caro placer del licor, algo que, hasta en laTierra, sólo alcanzaban a costearse los mas ricos.

Kusock accionó la deceleración y el trineo quedó frenado ante la puerta del semiesférico hotel. Antes de abrir la portezuela, dirigiéndose a todos, aunque mirando especialmente a Bill, recordó:

—No salgáis de la Residencia. Hay patrullas nocturnas de exploración y os podrían confundir.

—¿Confundir con quién? —inquirió Sanders.

—Con los enemigos de la Compañía.

—¿Estamos prisioneros? —masculló Leo Carvel.

—¡Oh, claro que no, muchachos! Sois tan libres como siempre; pero evitad las diversiones de costumbre. Es un consejo.

—De todas formas —indicó Bill— creo que a ninguno de nosotros nos seducía la perspectiva de trasnochar por Ganymede. Ya le he dicho que estamos agotados.

—Vendré a verte después de que haya revisado las salidas de uranio, Bill. Comed algo, esponjad el organismo con duchas de alcohol aromático y dormid unas horas.

—Eso significa que no quiere subir ahora.

—Tengo trabajo. Avisaré con tiempo para que me recibas en tu habitación.

Puso el motor en marcha y su faz gruesa, perennemente mojada por enfermiza transpiración, dejó de mirarles. Como despedida no podía esperarse nada más indiferente. Bill sacudió los hombros y saltó al pavimento de sólida durametalita.

—¡Hasta la vista! —dijo, y echó a andar.

El trepidar del vehículo se dejó oír unos segundos después, delatando que Kusock se alejaba en dirección a los controles del uranio. Le había pedido, en son de clara advertencia, que dejase la mente en blanco. Pero se reconoció impotente para ello. No le agradaban los enigmas ni las imposiciones. Además, el grasiento Kusock tampoco fue nunca persona por la que se sintiese particularmente inclinado.

—Han proclamado la ley de alerta —escuchó que decía Leo Carvel a su espalda—. Eso sólo se hace en los casos extremos, ¿verdad, Lino?

—Ya oíste lo que dijo el jefe —respondió Fox—. Sabotajes, enemigos, patrullas y delito de traición. No lo entiendo del todo… pero me gustaría hallarme en la nave, en pleno viaje de regreso.

—¡Maldito planeta! ¡Venir aquí es lo peor que tiene este trabajo! El día menos pensado voy a presentar la dimisión y decirle unas cuantas frescas a…

Bill cerró el regulador calorífico nada más penetrar en la Residencia, porque allí, constante, la temperatura ambiental bastaba para vencer el inhóspito clima de Ganymede. Su cerebro era un torbellino de ideas. Kusock se habría asombrado de saber las conjeturas que iba hilvanando de forma perfectamente espontánea.

CAPITULO III

Uranio y dos pasajeros

Por primera vez en mucho tiempo, los tres terráqueos se solazaron con la delicia de gustar alimentos «naturales», manjares que podían ser masticados con los dientes y paladeados en su justo sabor. Fue una grata experiencia, después de las raciones proteínicas en concentrados y los líquidos vitamínicos que se veían forzados a emplear durante su permanencia a bordo.

También se obsequiaron con duchas vigorizadoras, instilaciones de oxígeno puro y una botella de añejo vino de raíces fermentadas. Luego, puestos de mutuo acuerdo, se sumergieron en los lechos térmicos y durmieron como benditos.

Había caído la noche, una noche negra y trágica, sin que el ciclón químico dejase de rugir sobre las devastadas tierras de superficie. Al parecer, las predicciones de los meteorólogos fallaban lamentablemente, porque los lagos de amoníaco se agitaban encrespados y las ruidosas cataratas de hidrógeno líquido continuaban gruñendo en pleno huracán. Si la zona de Júpiter siempre fue espantosa para el terrestre, ahora parecía. haberse vuelto sencillamente pésima.

Kusock demostró una consideración que Bill nunca hubiese supuesto en él, ya que no les importunó durante el sueño. Al día siguiente, poco después del desayuno, los arcos lumínicos del control conectado con la oficina de recepción de la Residencia, parpadearon con breves intermitencias y fue el propio Bill quien se colocó frente al telecomunicador. La cara pastosa de Kusock, falsamente sonriente, se dibujó en la pantalla.

—¿Estas solo? —preguntó.

—No; me acompañan Carvel y Fox.

—No importa. Voy a subir.

Se hizo la oscuridad en el visor y Bill admitió que Kusock no era persona dada a perder el tiempo con circunloquios. Por un instante, contempló el apagado videoespejo, pero la comunicación estaba cortada definitivamente. Lo prometido acababa de llegar, y se presentaba allí para hablarles en privado. Quizá ahora podrían salir de dudas respecto a la verdadera situación de la gran luna de Júpiter.

—Espero que levante la veda —murmuró Leo.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Fox.

—Es una arcaica expresión que escuché en las salas de grabación retrospectiva cuando estudiaba historia por el procedimiento

pelicular. Supongo que vendrá a ser algo parecido a «se acabaron las prohibiciones».

Kusock se personó exactamente dos minutos más tarde. Su entrada en la cámara tuvo algo de espectacular y él mismo captó la importancia de su presencia. Bill le ofreció bebidas, pero el representante de la PLANETAL las rechazó con gesto enérgico.

—Necesito el cerebro despierto —anunció—. Hace un rato estuve en el cohetódromo y la carga de la nave se ejecuta a buen ritmo. Partiréis en cuanto me anuncien que los bloques han sido acondicionados.

—Creí que todavía permaneceríamos en Ganymede. Usted habló de dos días...

—Quiero que salgáis cuanto antes —Kusock retrajo la mandíbula reflexivamente, acentuando su pródiga papada—. He traído el informe para la Dirección. Os agradezco que no dejaseis las habitaciones anoche. Precisamente, las patrullas de seguridad tuvieron trabajo cerca de las «ciénagas de la muerte».

—¿Es allí dónde se ocultan los saboteadores? —preguntó Bill.

—¿Qué saboteadores?

—Usted lo sabe, señor Kusock. Por lo menos, habló de sabotajes.

—Magnífica memoria, muchacho. Toma —agregó, desviando el tema—. El informe.

Le tendió un cilindro duro, cuya superficie se veía alterada por las fisuras propias de un impresor de sonidos. Cuando el cilindro fuese acoplado al orificio de la máquina traductora de la central, un fono-revelador convertiría los signos en sonidos y el informe sónico explicaría el texto con la misma exactitud que un relato verbal del propio Kusock.

—Déjalo en lugar seguro cuando vuelvas a la nave —agregó.

—No tengo fama de ordenado... pero nunca he perdido ningún informe.

—Ya lo sé, Bill. Eres de los buenos en la plantilla. Te has ganado el puesto a pulso.

—Esas palabras, viniendo de usted, casi suenan a elogio.

—¿Te extraña?

—Un poco. Cyril Kusock no tiene fama de elogiador.

—Quizá porque no has sacado muy buen concepto de mí.

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Te lo agradecería.

—Es usted una persona hermética, señor Kusock. Creo que jamás pronuncia una sílaba que este de más. Desde que llegamos, le he oído lamentarse de la situación anormal de Ganymede, de la implantación de la ley de alerta y de unos actos que no duda en calificar de sabotajes. Pero, la verdad, todavía sigue sin soltar prenda. Por eso me

sorprende que reconozca, siquiera de pasada, algunos de mis méritos de empleado.

Kusock sonrió por lo bajo y recorrió con la vista el rostro colorado de Leo Carvel y la faz seca y huesuda de Fox. Ellos dos serían igual que meros testigos de la charla, porque no intervendrían. Si había de producirse alguna iniciativa, ésta partiría exclusivamente de Bill. Por ello, la conversación debía circunscribirse entre ambos, entre el piloto y el representante general de la Compañía. Volvió a mirarle, ahora con detenimiento.

—¿Te interesa saberlo todo? —Soy curioso. Además, usted prometió explicarme algo.

—¿Lo prometí?

—Seguro. Cuando nos trajo en el trineo...

—Es una historia un poco larga, Bill.

—Resúmala. Dos palabras bastarán para darme por enterado.

—Y después... ¿qué? No deseo que esto transcienda fuera de los círculos de la PLANETAL. He dado un informe sonoro, precisamente, para que nadie lo sepa.

—¿Es usted el único que conoce la verdad en Ganymede?

—No. Hay otros. Gente de confianza.

—Comprendo —ironizó Bill—. Teme que pueda contarlo... a las estrellas. Cruzaré entre millones de ellas en mi viaje de regreso.

Kusock indicó con un gesto a FOX y a Leo.

—Respondo de su discreción —anticipó el joven—. Nunca hablan cuando saben que han de callar.

—Si considera que molestamos... —empezó el policía.

—Siéntate, Fox. Y tú también, Carvel. No importa que os enteréis, porque Bill tiene razón. A nadie podréis contarlo una vez fuera de Ganymede. Sin embargo..., esforzaos en olvidar lo que voy a decir.

Kusock se restregó las manos, despacio, y miró en dirección a los arcos del telecomunicador, como si esperase una llamada en breve. Su mirada fue tan rápida, que apenas pasó de un parpadeo. Luego, volviendo las pupilas a Bill, preguntó:

—¿Conocías a Pío Garrison?

—Sí —replicó—. He charlado muchas veces con él. Uno de los técnicos del laboratorio de discriminación de uranio, ¿verdad?

—¿Tenías mucha amistad con él?

—Alguna. ¿Por qué?

—Casi todos sus amigos han sido sometidos a cerebro-análisis.

—Le recuerdo que yo acabo de llegar de...

—Bien —cortó Kusock—. Pío había subido alto en la Compañía. Se ocupaba de los residuos y la separación mineral[3]. Era un buen especialista en cristalizaciones.

—Muy bueno —asintió Sanders.

—Estaba casado... y cierto tipo de trabajos no son compatibles con la armonía conyugal. Su esposa vivía con él, en la colonia terráquea, ocupando un departamento individual. Garrison ganaba lo suficiente para pagarse algunos lujos. Por razones que no vienen al caso, su mujer enfermó —Kusock se alzó de hombros—. Mala suerte, lo reconozco. Contrajo la fiebre de Júpiter. Esa enfermedad es mortal.

—Lo sé. Dicen que deshace los tejidos orgánicos igual que un ácido corrosivo.

—Peor —susurró Kusock—. Katia era muy bella y Pio Garrison la amaba apasionadamente. Los médicos no pudieron hacer nada para salvarla y desde entonces, se dedicó a llamarles ineptos y a fomentar el descontento entre los trabajadores de las minas, personal que, en virtud de su tarea, es de los que padecen con más frecuencia la incurable fiebre.

Bill afirmó de un cabezazo y las depauperadas hileras de trabajadores del uranio tomaron imagen mental en su cerebro. La verdad, es que no estaban bien atendidos, desde el punto de vista médico. Algunos de ellos llegaban a morir, entre horribles sufrimientos, arrinconados en los lazaretos defendidos por alambradas alto-ténsicas, sin que los jefes se molestasen en poner remedio al azote de la fiebre.

—No cabe duda de que su mujer tuvo la mayor parte de culpa —siguió Kusock-y de que Pio no consiguió superar el desconsuelo de la soledad. Primero, bebió como un vulgar pocero... y después se aficionó a la «fixofilina», esa droga que envenena la razón y convierte a los hombres en bestias.

Leo y Fox inclinaron la cabeza. Bill, atento al relato, aspiraba ávidamente por la nariz el compuesto oxigenado que irradiaban los respiradores de la habitación. Permanecía tenso y levemente emocionado. Kusock pensó en su típica vehemencia y tardó varios segundos en proseguir.

—Si el principio fue malo, auguro que el final no puede ser mejor —sentenció—. Su mayor equivocación consistió en declararse abiertamente contra la Compañía. Un error que le costó el cargo. Pero Garrison había rodado demasiado bajo y no se detuvo. Una noche, bajo los excitantes efectos de la «fixofilina», destruyó la red servoeléctrica de las cámaras de castigo y dejó en libertad a los reclusos que purgaban las infracciones del reglamento minero. A partir de entonces, le persiguió la policía...

—Y no han logrado dar con él todavía —completó Bill.

—Parece que te alegre saberlo.

—Continúe, por favor.

—Es astuto... y conoce todos los escondrijos de Ganymede. El y su pandilla de bandidos nos están causando dolores de cabeza. Han

saboteado la producción y tratan de atraerse a los trabajadores más ingobernables. La noche es su medio ideal para operar. No hace mucho destruyó con cargas de cloro explosivo un sector del subviaducto reservado a los convoyes de mineral. Perdimos varias toneladas de uranio, ya preparado para el embarque... —Kusock sacudió la cabeza y comprimió los labios—. Por su culpa, voy a quedar en evidencia ante la Dirección.

—¿Qué Ocurrió después?

—Nada. Eso es todo.

—¿Seguro que no ha omitido alguna cosa, señor Kusock?

—¿Por qué iba a omitirla?

—No sé ..., Conocía a Garrison bastante. Siempre le consideré una persona perfectamente equilibrada y con...

—Te advertí que no pensases cosas malas —interrumpió el jefe—. Cuantos simpatizan con él son traidores para la Compañía.

—Pero...

—Ya hemos hablado bastante. Sabes lo que querías saber, y eso te ayudará a comprender el porqué de ciertas irregularidades. Ahora, volvamos a hablar de nosotros y olvídate de lo que acabas de escuchar. Lo mismo os digo a los demás. Presentarás mi informe al director en persona. Nada de intermediarios. Y no se te ocurra añadir que conoces su contenido, porque entonces sufrirías las consecuencias.

—Conforme, señor.

—Bien —aprobó Kusock—. Aún he de añadir algo más respecto a vuestro viaje de regreso. No iréis solos. La astronave saldrá con la carga de uranio y dos pasajeros.

Aquella afirmación, pronunciada de forma tajante, pilló desprevenidos a los terrestres. Fox y Leo, según la costumbre, aceptaron la orden en completo silencio. Bill, molesto, opuso:

—El reglamento prohíbe llevar pasaje en un carguero de uranio. Usted conoce las leyes tan bien como yo.

—Cierto. En el informe explico la razón que me impulsa a contravenirlas. Tú no eres nadie para discutir mis mandatos.

—Perdone —gruñó Bill—. Sólo pretendía...

—Perdonado... por esta vez. No es bueno otorgar demasiadas confianzas a los subordinados. Que te sirva de experiencia.

El piloto, llameantes los ojos, inclinó la frente. Le humillaba un poco la obediencia ciega hacia los altos jefes de la Compañía, pero en este aspecto las normas de conducta resultaban inflexibles. Una sola palabra de Kusock bastaría para que perdiese su título de piloto espacial y fuese postergado a la categoría de trabajador manual.

El ejemplo de lo ocurrido a Garrison, ahora acosado como una fiera dañina, mostraba bien a las claras la conveniencia de una sumisión total para la PLANETAL. No había apelación, porque el

organismo contaba con la anuencia de todos los Gobiernos Conjuntos, y un hombre caído en desgracia se convertía pronto en la víctima propiciatoria de las mayores desdichas.

¡]Pobre Garrison! El luchó por la PLANETAL desde su establecimiento en Ganymede y entregóse a la tarea de mejorar sus servicios con el ahínco de un hombre de bien. ¿Qué quedaba ahora de ello? Nada. Estaba señalado por el dedo acusador de Kusock. La policía se encargaría de borrarle para siempre.

—¿Puedo saber, al menos, de quiénes se trata?

—Ya lo sabrás cuando lleguen a bordo.

—Convendría tener una idea, señor Kusock —terció Leo Carvel, acudiendo en ayuda de Bill—. En un transporte espacial no hay muchos sitios en donde alojar a...

—Veo que la curiosidad es contagiosa —Kusock frunció las cejas al hablar.

Hizo una pausa, como meditando si las preguntas debían ser toleradas, y sus ojos menudos hallaron la abierta mirada de Bill en la que no había doblez. Leo también esperaba otra respuesta. En cuanto a Lino Fox, apático y mudo, se limitaba a presenciar lo que sucedía en torno, sin intromisiones.

—Se trata del climatólogo Kerman y la señorita Malkon —aclaró Kusock, al fin—. El primero ha cumplido su período en Júpiter y va con licencia. No sé si volverán a emplearle, porque está demasiado viejo. Estrella Malkon vino sólo para ampliar sus conocimientos de mineralogía. Es una muchacha de gran porvenir, protegida personal del directorio. Sentiré un gran vacío cuando nos deje. Os recomiendo que seáis atentos con ella.

No. A Bill Sanders no agradaba la perspectiva de extraños en su transporte de uranio. Máxime tratándose de un viejo y una mujer, protegida además, que no haría sino espiar cada uno de sus movimientos. Presumía que Kusock no aceptaría objeciones y optó por callar. Fue entonces, en medio de sus meditaciones, cuando los arcos lumínicos del transmisor parpadearon por segunda vez aquella mañana.

—Alguien llama —dijo Fox.

—Será para mí.

El representante de la PLANETAL fue hasta la pantalla e iluminó el videoespejo. Un rostro duro, y hasta cruel, coronado por el casquete blanco de la Policía Interplanetaria, destacó en el centro.

—A sus órdenes, señor Kusock —saludó—. Informa el capitán Chimber.

—¿Alguna noticia?

—Están concentrados en las «ciénagas». Una reunión de conspiradores. Esperamos su permiso para atacar.

—Gracias, capitán. Ahora me reúno con ustedes. Ha sido un buen servicio.

Cerró la comunicación y se volvió hacia los presentes.

—Ya conocéis las instrucciones. Uranio y dos pasajeros. Continuad en la Residencia, porque es mejor para la seguridad de todos. Quizá nos veamos en el momento de la partida.

Los tres hombres se pusieron en pie respetuosamente. Kusock se despidió con una inclinación de cabeza y anduvo hacia la puerta. Bill Sanders, sin encomendarse a Dios ni al diablo, tuvo una repentina inspiración y corrió por la cámara, interponiéndose ante el importante personaje.

—Me atrevería a pedirle un favor, si usted no lo interpretase como osadía, señor.

—¿Qué favor?

—Ese policía se refería a Garrison cuando dijo que esperaba su permiso para atacar, ¿verdad?

—Es posible.

—Sé que van a destruirle. No volverá a hablarse de él y de sus amigos. A mí me cuesta mucho trabajo permanecer inactivo y…

—Di lo que sea. Pero pronto.

—¿Permite que le acompañe?

Kusock sonrió, fría y ampliamente. Aquel piloto era de lo más impulsivo e irrazonable que había conocido. No en vano rezaba en su tarjeta de plastoidentificación la categoría «A» doble. Acaso le viniese bien una demostración práctica de cómo terminan cuántos, como él, pierden el respeto hacia los estrictos reglamentos de la PLANETAL.

—Ven —aceptó—. Afuera tengo el trineo, y creo que mi condescendencia servirá para variar tus malos pensamientos. Sí. Pío Garrison está acorralado en su madriguera de hielo. Lo pulverizaremos antes de que abandones el satélite.

—Es usted muy generoso, señor Kusock —respondió Bill con acento suavemente burión.

CAPITULO IV

Proyectiles de cobalto

A bordo del trineo que conducía Kusock como una loca centella a ras de la carretera subterránea de durametalista, Bill casi contenía el aliento a causa de su emoción. Algo en su pecho, inexplicable y rebelde, le advertía que no podían ser ciertos los cargos delictivos acumulados contra Pío Garrison.

Cierto que los drogados con «fixofilína» sufrían ataques de paroxismo incontrolable; pero Garríson, aunque la muerte de su esposa le empujase a diabólicas venganzas contra los que él creía ineptos, no respondía al tipo de persona capaz de dejarse arrastrar por vicios tan reprobables ni cometer acciones indignas.

—Crees que te he mentido —rió Kusock—. ¡Estúpido! ¡Les veras morir a todos, abrasados por las llamaradas blancas del cobalto explosivo!

Bill no replicó. Tuvo que dominarse para evitar una contestación soez. Bastante había conseguido con el favor otorgado al permitirle acompañarle. ¿Por qué lo hacía, en realidad? Esta pregunta rondaba por todos los recovecos de su mente, insistiendo. Su amistad con Garrison era más bien pasajera. Un motivo de atracción circunstancial.

Se conocieron durante uno de los obligados descansos en Ganymede, mientras cargaban las inmensas bodegas de su transporte. Simpatizaron en seguida. Ambos charlaron de la Tierra y de multitud de cosas banales... hasta que apareció Katia.

La recordaba, sí, porque era muy bonita. Aquel simple encuentro bastó a Bill para catalogar al técnico en transformaciones del uranio. No. Todavía se resistía a creer que fuese la misma persona a quien ahora perseguía el Cuerpo de policía interplanetaria destacado en la zona de Júpiter. ¡Resultaba absurdo!

—Conozco a los tipos como tú —insistió Kusock—. Demasiadas Ínfulas. No creen en nada mientras no son capaces de tocarlo, ¿verdad? Otra vez no me molestaré en perder el tiempo con explicaciones.

—Perdone, señor Kusock. No es que dude exactamente de sus palabras, pero...

—¡Claro que dudas! —gruñó él—. Aunque voy a ofrecerte la ocasión de dejarte convencido para siempre. Garrison es un traidor. Conspira contra la Compañía y trata de arruinarla. ¡Está loco! ¡Loco por una venganza infrahumana y por las dosis continuas de «fixofilina»! Soy feliz pensando que pronto acabarán mis problemas.

Tendré que redactar otro informe a toda prisa, explicando que al fin ha dejado de ser la pesadilla de Ganymede…

Kusock hablaba presa de vehemente excitación y las colgantes bolsas de su rostro se estremecían. Empuñaba el volante con manos firmes y pisaba el acelerador a fondo, devorando la cinta rojiza de la carretera, que se perdía, vertiginosa, tras los vapores quemados del mercurio protónico. Más de una vez, reflexivo, Bill le observó con el rabillo del ojo.

Censuraba la demencia de Garrison y quizá él se sentía arrastrado por idéntica clase de pasión hacia el hombre que poco antes trabajó bajo sus órdenes. Al llegar a una curva del camino. varios vehículos blancos, con las estrellas doradas resaltando en la nívea carrocería, aparecieron doscientos metros delante. Se trataba de una patrulla móvil de la policía. Habían llegado al punto de reunión.

Kusock accionó la deceleración y el trineo redujo la marcha tan rápidamente que les obligó a expulsar todo el aire que contenían en los pulmones de un solo y alargado suspiro.

—Capitán Chimber —se presentó uno de los uniformados individuos, saludando rígidamente—. Trasládese a nuestros reactores de superficie, por favor. Debemos actuar sin pérdida de tiempo.

El representante de la PLANETAL afirmó y abandonó el asiento con la lógica torpeza a que le obligaba su enojosa gordura. Bill Sanders, aunque nadie habíase referido a su presencia, le imitó. Reconocía al oficial porque su rostro era el que vio reflejado en el videoespejo. La mano enguantada de Chimber, autoritaria, se posó en su hombro para detener el movimiento.

—Déjele, capitán —pidió Kusock—. Ha insistido en acompañarme. Se trata de Bill Sanders, el piloto espacial.

—He oído hablar de usted —repuso Chimber, dulcificando la cruel expresión—. Bien. Síganos, Sanders.

Se acomodaron en el amplio asiento trasero de uno de los vehículos policiales. Los ojos de Bill, atentos al menor detalle, observaban con interés cuanto acontecía a su alrededor. Eran seis los reactores. y lo menos debían contener unos treinta soldados equipados con trajes aclimatados y armas de varios tipos.

Le llamó la atención, especialmente, un cañón automático de tubo giratorio. Conocía, por referencias, los destructores efectos de sus tiros. Disparaba proyectiles de cobalto, de gran poder penetrativo y ancho radio inflamatorio. Un arma del ejército, más que propia del organismo policial.

—Veo que van preparados para repeler cualquier contingencia —comentó.

—Es casi seguro que habrá lucha. Hasta ahora, no hemos detenido ni a uno sólo de esos rebeldes pasivamente —el capitán

Oprimió un botón y dos electrodos azules chispearon en la cabina de conducción—. Agárrense. El arranque de estos bólidos suele ser algo brusco.

¡Zas! El vehículo tomó velocidad y pareció volar literalmente sobre la arteria subterránea. El pitido de los motores se hizo unánime, y la media docena de raudos coches partió dejando suspendida en el aire una nubecilla fosforescente producida por el abrasante escape multirreactor. Aquello era correr de veras. ¡Correr como la muerte!

Daba risa pensar en el insignificante trineo que antes tripulara Kusock al máximo de su potencia. El juego de suspensorios monoelastícos amortiguó parcialmente el tirón de la puesta en marcha, y fue estabilizando el asiento entre suaves cabeceos.

—¿Cree que les encontraremos todavía, capitán?.

—Confío en ello, señor Kusock. Contamos con un agente infiltrado en sus filas. El nos facilitó la primera información utilizando una emisora ultrasónica oculta en las uñas de los pies. Los ultrasonidos no podrán ser captados por la pandilla de Garrison, pero nosotros seguiremos la onda y les atraparemos con las manos en la masa.

—Magnífico —alabó Kusock—. ¿Añadió algo más su agente?

—Tiene gracia —sonrió Chimber, dirigiendo a Bill una mirada oblícua—. Hablaban de este piloto la última vez que comunicó el boletín. Al parecer, Pio Garrison proyecta apoderarse de la espacionave de la Compañía y salir con ella a reclutar adeptos para su causa. Algo parecido a lo que ya hicieron otros ilusos antes que él, ¿lo recuerda?

—Sí. El llamado movimiento universal de protesta.

—No tema. Esta noche acabará su historia.

—Dios le oiga. Si Garrison se sale con la suya..., puedo despedirme de la vida. La Compañía no perdonaría jamás que esto hubiese sucedido durante mi período en Júpiter.

—No ocurrirá. Un hombre solo no puede luchar contra el Universo entero. La explotación del uranio es un negocio demasiado productivo para las empresas privadas y los Gobiernos Conjuntos. Hay muchos intereses creados y una sólida industria que ha echado sólidos cimientos.

Bill escuchaba la conversación y sentía repugnancia. ¿Por qué? ¿Que le estaba ocurriendo ahora? La verdad, no es que sintiese deseos de acabar también con la PLANETAL; pero experimentaba asco hacia los tipos como Chimber y Kusock. ¡Hablar de cimientos cuando éstos se conseguían a fuerza de cadáveres! ¡Cuánto cinismo!

Los bólidos acababan de salir de la colonia subterránea y cruzaron un valle cristalino encajonado entre gélidas moles de hielo blanquísimo. El ciclón golpeaba furiosamente los laterales y

amontonaba jirones hidrogenados en torno a la caravana. Se desplazaban a tal velocidad que resultaba imposible fijar la vista en un punto definido. A lo lejos, la superficie se veía enturbiada por emanaciones gaseosas, una pulverización amoniacada, que revelaba la antesala de las «ciénagas».

Lagos de amoníaco disuelto en metano líquido. Corrientes de helio y sodio. Un viento superpolar, acuchillante y atroz. Todo ello mezclado con la tormenta, añadiendo horrores al crispado engallamiento climatológico de Ganymede, barriendo la corteza terrestre, alterando la atmósfera, y fusionando líquidos, sólidos y gases en un compuesto demoniaco e inconcebible. Allí, pensó Bill, se ocultaba Pio Garrison. Este era su cubil. El más diabólico de los escondrijos.

—Llamada a bólido-jefe... Llamada a bólido-jefe... —avisó una voz bien modulada esparciendo el sonido a través de los sensiamplificadores de platino.

Chimber se puso a la escucha y ordenó:

—Aquí bólido-jefe. Informe.

—Acabamos de recibir otro boletín ultrasónico de T-004.

—Adelante.

—La asamblea de los rebeldes se halla en pleno fervor. Están ultimando detalles para apoderarse de la espacionave. El propio Garrison ha propuesto encargarse del golpe de mano por sorpresa. Se hallan tan embebidos en la discusión que considera T-004 es el momento propicio para atacarles. Pide instrucciones para abandonar la caverna.

—Dígale que nos facilite primero la situación de los puestos de vigilancia.

—Ya lo he hecho, capitán. Existen cuatro. Es cuanta información ha podido conseguir, porque los revolucionarios ignoran la colocación de los mismos. Parece ser que cubren un amplio sector y que hay una línea de rayos en torno a su refugio. Cuando la continuidad de la corriente sea cortada por el paso de un objeto extraño, quedara sembrada la alarma.

—No es mucho. Insista cerca de T-004. Necesito informes más amplios.

—A sus órdenes. capitán. ¿Le anticipo algo sobre la retirada?

—Nada. Que permanezca en su puesto. Cierro.

Chimber se recostó en el respaldo del asiento. Los vehículos corrían ya por entre los vapores de la zona letal de Ganymede. Estaban, por así decirlo, rondando la boca del lobo.

—¿Qué ocurrirá con su agente sí cortamos la barrera de rayos al pasar? —preguntó Bill.

—Puedo responderle con una sola palabra: Morira.

—¿No sería preferible ordenarle la retirada?

—Sería, acaso, prudente; pero no preferible, Sanders. Si pierde la vida lo hará en cumplimiento de su deber. Además, este asunto no es de su incumbencia. Le ruego que permanezca callado, actuando de acuerdo con su papel: el de mero espectador.

Kusock sonrió burlonamente.

—Bill es un hombre impaciente y curioso por naturaleza —declaró—. No comprende que a veces la muerte de una persona basta para evitar irreparables males.

—Llamada a bólido-jefe... Llamada a bólido-jefe... —repitió la voz anterior.

—Aquí bólido-jefe. Escucho.

—«T-004 manifiesta que ya no le será posible averiguar nada más. Ha logrado distraer la atención de los presentes y solicita permiso para alejarse. Cree oportuno dejar en marcha la emisora ultrasóníca para que la onda nos guíe hasta la caverna, pero...

—¡Dígale que permanezca en su sitio! ¡Es una orden! Cierro.

Chimber arrugó las cejas. Se echó hacia adelante para fijar la vista en la pantalla del catalizador radárico, cuyos azulados círculos señalaban la captación de la onda emitida por T-004. Debían hallarse ya muy próximos al lugar, porque los círculos se formaban y deshacían con pasmosa rapidez, y un punto blanco, deslizándose oblicuamente, empezaba a correrse hacia el centro de la pantalla.

—No tardaremos en llegar, señor Kusock —manifestó—. Lamento que nuestro agente, esté un poco nervioso. No quisiera sacrificarle. pero quizá averigüe ahora lo que me interesa, conociendo mi deseo de que permanezca hasta el fin.

—Inteligente deducción. Los hombres asustados obran prodigios.

Bill maldijo interiormente y se imagino a T-004 sudando de angustia, rodeado por los revolucionarios, con una emisora en las uñas de los pies que guiaba el avance de la Policía lnterplanetaria y, como única perspectiva, la amenaza de acabar destrozado por el fuego de sus propios compañeros de armas. La cara de Chimber permanecía inescrutable, mostrando la fría crueldad de los rasgos.

El catalizador, de pronto, dejó de producir círculos concéntricos y el punto luminoso se detuvo en la esfera graduada central. Aquello, atendiendo a los conocimientos que Bill poseía sobre esta clase de aparatos detectores, significaba que la patrulla móvil se hallaba a menos de cien metros del «foco ultrasónico».

Era un paraje realmente desolador, helado y azotado por el maremágnum violentísimo del ciclón. Entre el hielo, igual que orificios de colmenas, se veían pobres agujeros. Debían ser las «cavernas» a que T-004 se refirió en su informe. En una de ellas se ocultaba el grupo de Garrison...

—¡Alto! —gritó Chimber súbitamente— ¡Despliegue de fuerzas! ¡Nos han detectado!

Un zumbador de alarma chicharreaba espasmódicaniente desde el tablero de mandos del bólido-jefe. Bill comprendió en seguida a qué se debía la alteración. Acababan de cortar la barrera de rayos, simple protección que Pío Garrison debía haber construido con generadores electroimantados. Aquella sería una lucha desigual. Pobres diablos, sin medios de defensa, contra una tropa disciplinada, provista de recursos bélicos demoledores. Automáticamente, igual que si le impulsase una descarga eléctrica, el piloto espacial trató de levantarse del asiento.

—¡No se mueva! —ordenó el capitán—. Usted y el señor Kusock permanecerán aquí, porque no están equipados para salir al exterior. Podrán seguir el desarrollo de la batalla mediante el telecontrol. ¡Hasta luego! —se despidió, al abandonarles.

—Buena suerte —deseó Kusock.

—¿Cree que va a necesitarla? —susurró Bill.

—Naturalmente. ¿Tú no?.

—Yo he visto más de una vez aplastar un insecto con las botas. La policía interplanetaria es, en este caso, las botas... y Pío Garrison el insecto.

Kusock desgranó una carcajada.

—Ojalá —replicó—. Hay insectos de picadura mortal, y consideraría un buen regalo para mi tranquilidad la destrucción total de ese aguilucho con aires de libertador.

Chimber transmitía veloces instrucciones ayudado por un emisor portable, y los cinco reactores restantes adoptaron en el acto posiciones de combate. Al parecer, todo el mundo —excepto Bill- habíase olvidado de prevenir al agente de que iba a comenzar el ataque. La batalla dio principio medio minuto después, cuando los llamados rebeldes de Ganymede organizaban una aturdida e ineficaz defensa. Aunque ni Bill ni Kusock abandonaron los mullidos asientos, presenciaron el desarrollo del combate desde sus principios, gracias al telecontrol.

El corte del circuito de rayos, efectivamente, les anunció la dinámica entrada en sus dominios de la Policía lnterplanetaria. Los puestos de vigilancia se dispusieron a repeler la avanzada y para ello, risiblemente inútiles, trataronde emplear sus tubos lanzaponzoñas robados en las cámaras de castigo de la PLANETAL. Se trataba de armas eficaces en su especie, capaces de envenenar a los policías, pero totalmente ineficaces frente al armamento poderosísimo que éstos manejaban.

El cañón de tiro rápido se apuntó electrónicamente y lanzó dos andanadas alternas a los puestos más cercanos. Un surtidor de blanquísima humareda, estallando con horrísono fragor, demostró la

eficaz explosión de los proyectiles de cobalto.

—¡Bravo! —aplaudió Kusock— ¡Dadles su merecidol

—¡Pobres gentes! —suspiró Bill, compadecido.

Las paredes de costra de hielo se resquebrajaron como finísimas láminas de cristal y hubo un desmoronamiento apoteósico. Las montañas de gigantescos témpanos se hundían entre ásperos crujidos bajo los impactos del cañón y los superfusiles de tetracobaltom. Una serie de huidizas figuras, semiveladas por las avalanchas de hielo pulverizado, se hacían fuertes entre las ruinas de sus «cavernas» o corrían despavoridas para ponerse a salvo. El desconcierto más total habíase enseñoreado de los revolucionarios. Su empeño por defenderse y afrontar dignamente la agresión, era tan vano como estúpido. ¡Nada podían contra la lluvia de proyectiles de cobalto!

El huracán bramaba salvajemente y los lagos de amoníaco, al recibir las grosísimas paredes que se desmoronaban, enviaban corrosivas salpicaduras a muchos metros de distancia. Unos veinte miembros de la policía interplanetaria, protegidos a distancia por el cañón, se desplegaban en trágico arco, rodeando los últimos bastiones de la fortaleza y disparando sin interrupción.

Se hubiese dicho que el Universo entero, surcado por fragmentos sueltos de astros, cometas de flamígera cola y rabiosas centellas, arrasaba despiadadamente la zona de las «ciénagas» donde Pio Garrison habíase cobijado para fraguar sus planes en contra de la Compañía.

Un bombardeo final con granadas termocobálticas deshizo los picachos de hielo que todavía se mantenían en pie. Inmensas fosas, semejantes a cráteres lunares, sembraban el suelo, dejando escapar humos e hirvientes burbujeos. Los alaridos de las víctimas que se desintegraban en las charcas de amoníaco disuelto en metano líquido eran capaces de erizar los cabellos.

Tras el asalto, y la demolición del terreno, empezó una cacería sistemática, una matanza espantosa, la persecución más sádica que Bill hubiese imaginado jamás a través de los agujeros gélidos por los que podía intentarse una fuga desesperada.

—No habrá escapado nadie con vida —dijo Kusock alegremente —. ¿Satisfecho, Bill? Seguro que ésta ha sido una insospechada experiencia para ti.

—Usted… usted… —Bill se mordió los labios—. Creo que la satisfacción es enteramente suya.

—Me siento feliz, si es eso lo que intentas decir. Se acabó la pesadilla de Pío Garrison. Dentro de un rato «sonorizaré» un nuevo informe. Quiero que el Directorio esté al corriente de mi competencia.

Chímber, al frente de sus huestes victoriosas, no tardó en regresar. La crueldad de su cara había cedido paso a una expresión de

plácido sosiego. La sed de sangre estaba calmada. Se instaló en el asiento y sonrió a Kusock.

—¿Lo vio todo, señor?

—Todo, capitán. Un combate llevado con inteligencia y destreza. Le felicito.

—Gracias.

—Cuente con mi voto para su próximo ascenso. Regresemos. Tengo trabajo y he de vigilar el embarque del uranio.

—¿Le ocurre algo, Sanders'? —ironizó Chimber, apreciando la palidez del joven.

—No. ¿Han salvado a su agente?

—Curiosa pregunta. Es agradable saber que existen hombres capaces de preocuparse por los demás. No —confesó—. T-004 ha muerto en acto de servicio. Todo el sector ha sido arrasado. Ganymede cuenta ahora con otra llanura.

Kusock rió, divertido, ante la trágica chanza del oficial. Cierto. Lo que antes fue colosal montaña de hielo era una lisa y agrietada planicie abierta a golpes de proyectiles cobálticos. Se acabó la pesadilla, como dijo Kusock.

No sabía definir sus emociones, pero Bill se hallaba embarazado en presencia de los dos artífices del desastre. Procuró no torturarse con ideas que en nada debían favorecerle. Después de todo, el era ajeno a los sucesos.

—Mañana levantaremos la Ley de Alerta... si usted opina como yo, señor.

—Muy Oportuno, capitán —admitió Kusock—. Le citaré a usted en mí informe.

—¡Adelante! —Ordenó éste.

Los seis bólidos viraron en redondo y enfilaron hacia la colonia subterránea con la desbordante felicidad del deber cumplido. Atrás, devastada, quedaba una región pantanosa, infecta por emanaciones y surcada de huellas destructoras. Entonces, más que nunca deseó Bill emprender su viaje de regreso y olvidarse de que en el Sistema Solar gravitaba un satélite maldito llamado Ganymede. Odiaba aquella luna. Del mismo modo que odiaba a los tiranos que la gobernaban por la ley brutal de la fuerza.

CAPITULO V

Viaje al espacio

Fox y Leo Carvel conocieron lo sucedido de labios del propio Bill, quien, huraño, seguía bajo los aplastantes efectos de la impresión sufrida. Los tres en la cámara de la residencia, ocupaban lugares comunes en torno a la mesa del saloncito.

—Espantoso —resumió el piloto—. Una carnicería sin precedentes.

—Comprendo tu estado de animo, muchacho —rumió Leo—. Pero haz el favor de tomar las cosas con más tranquilidad. Nunca resolverás nada con malos humores. Quizá Garrison se lo tenía merecido.

—Nosotros sólo conocemos la versión de Kusock.

—Que puede ser la real.

—O la falsa.

—¿Y qué? Es suficiente para mí. Rebelándose contra la Compañía ya había firmado su sentencia de muerte, ¿comprendes? Además, la atacó, Iibertó a los reclusos y voló el subviaducto del mineral ¿Qué otra cosa podía esperarse?.

—Creo, sin embargo, que era digno de un juicio imparcial. Aunque me parece que nadie tenía interés en hacerle prisionero. Yo presencié el ataque. No se molestaron en avisarle del peligro que corría. Les achicharraron a tiros, eso fue todo.

—Mira, Bill. Hablemos con franqueza. Es mejor que no empieces con tus manías reivindicadoras o acabaremos en algún calabozo de la policía interplanetaria. Olvídate de Io ocurrido en las «ciénagas». Nadie te invitó a ir, y sí ahora pesas un mal rato échate la culpa a ti mismo.

—Eres un sujeto honrado y leal —añadió Fox—. No lo digo por azuzarte, ya me conoces. De los pocos que quedan en esta Humanidad podrida. Trata de mantenerte al margen de estos asuntos escabrosos, porque tú no sabes de lo que es capaz un drogado de «fixofilina».

—Sé de Io que han sido capaces Kusock y Chimber.

—Bueno. ¿Y qué? —repitió Leo— ¿Debemos guardar luto en señal de disconformidad? Ha sido excesivo. Les aplastaron como pulgas. De acuerdo. Pero ya pasó. No te metas en conflictos.

—Me hubiese gustado charlar un poco con Garrison.

—No le habría sido difícil convencerte. Sé que te causan pena los trabajadores del uranio y que consideras una injusticia su vida miserable. Recuerda que todos no están aquí cumpliendo condenas. Muchos vinieron por su propia voluntad... ¡Oh, Bill! —increpó—

¡Basta de lamentaciones!

Así lo decidieron, y la decisión fue puesta en práctica. Debían considerar la matanza como una aventura más en su vida, sin buscarle hipótesis justificadoras ni enfrascarse en polémicas que nada podían resolver. Aquello cerraba el capítulo de la revolución en Ganymede y, también, el de sus inquietudes.

Hasta el propio Bill se autoconvenció de que, a fin de cuentas, la verdad del caso no había sido presentada por Kusock con demasiada lucidez y por lo tanto, atendiendo a sus explicaciones, tampoco podía erguirse en estricto juez de un conflicto suyas razones ignoraba a ciencia cierta.

Sin embargo, la pesarosa impresión dejó huella en su ánimo por espacio de algunas horas. Bill Sabía que tardaría en olvidar completamente las visiones del hielo fundido a cañonazos, la encarnizada limpieza de la «caverna» y, sobre todo, los espeluznantes alaridos de los que perecieron sumergidos en las charcas pútridas y ebulliscentes. El recuerdo le atormentaría, del mismo modo que continuaba apenándole las hileras de trabajadores en su manso discurrir hacia las fosas mortales del uranio.

—Es una cuestión de principios —casi disculpó Leo Carvel—. Jamás abandonarás esos escrúpulos, Bill. Pero tienes la obligación de admitir que, aunque tu forma de pensar sea un tanto misericordiosa, las gentes que habitan los mundos conocidos han acabado por forjarse entre durezas, crueldades y decepciones. Te tacharían de irracional, a pesar de que en otros tiempos tus razonamientos habrían llenado de esperanza a la Humanidad.

—Te ha salido un discurso redondo. Felicidades.

—Sin bromas, amigo. Yo te comprendo. Lo peor del caso es que nadie más se atrevería a comprenderte. Y mucho menos a perdonar tus libertades mentales.

Volvieron a tener noticias del omnipotente Kusock antes de que finalizase la tarde y diese principio el corto crepúsculo jupiteriano. Al parecer, los trabajos de carga en la espacionave se habían acelerado y la dotación de uranio cristalizado en gigantescos bloques se hallaba ya embarcada, a punto de emprender el largo viaje espacial hasta la Tierra.

Por el telecomunicador se les dio la orden de abandonar la Residencia. Un trineo de tipo colectivo, es decir, bastante mayor que el pequeño vehículo usado por Kusock, aguardaba arrimado a la calzada y el conductor uniformado tenía el encargo de trasladarles al cohetódromo, donde esperaba la espacionave a punto de lanzamiento.

—Otra vez al cielo —comentó Leo Carvel, arrellanándose en su asiento—. A vagar por el espacio. ¡Adios, cochino Ganymede!

—¿En que piensas, Bill? —preguntó Lino Fox, advirtiendo la

meditabunda expresión del joven.

—En nada concreto y en muchas cosas imprecisas. No os inquietéis por mí. He procurado olvidar la escabechina de esta mañana.

—Te lo recomiendo. Calentarse la cabeza por los demás es una tarea impropia de nuestra época. Cada cual tiene su misión asignada y a ella hay que ceñirse.

—¿Habla el policía?

—Habla el amigo Bill. Quisiera poderte dar un buen consejo y que fueses capaz de seguirlo.

—Gracias, Fox. Vale por consejo. Procuraré amoldarme a la época en vez de pensar como un sentimental terráqueo de hace diez siglos.

Nada más entrar en el área privada del cohetódromo, todavía sacudida por la tempestad química, apreciaron que los preparativos de salida tocaban a su fin. Allí, todo era actividad, movimiento y frenesí. Un cinturón de vigilantes de la Compañía asistían al acarreo, efectuado mediante ciclópeas grúas robóticas de control teledirigido desde la torre del campo.

También se veían un centenar de obreros manuales, encargados del acoplamiento definitivo en los almacenes de la nave, pululando en derredor como inquieto enjambre de hormigas al lado de un tremendo cigarro puro de plata, erecto en posición vertical.

Reinaba, sin embargo, un silencio que nada poseía, de grato. El silencio típico de la amenaza latente. Esa premonición ominosa y asfixiante que rodea a las empresas extraordinarias y, hasta cierto punto, clandestinas. Acaso la explotación masiva del uranio poseyese algo de maléfico. Bill siempre se había sentido un poco traficante ilegal, como oyó decir que lo eran los remotísimos antepasados terrestres que amasaban fortunas comerciando con drogas perseguidas y objetos de contrabando.

No es que el uranio fuese contrabando en sí; pero la PLANETAL tuvo que ganar con sangre la exclusiva del monopolio en las zonas de Júpiter y ello entrañaba siempre un complejo quizá siniestro.

El trineo cruzó la pista del cohetódromo, y viró en arco abierto junto a las aletas posasorias de la astronave. Se detuvo al pie del tobogán de ascenso al elevador. Allí se encontraba también Kusock, enfundado en su traje climatizado, conversando con otras dos personas.

No lejos, adquiría nerviosa vida el trajín de los obreros, los paseos de los capataces y las evoluciones de los robot-grúa, enormes cual gigantes metálicos enviando bloques de cristalouranio hasta la panza pavorosa del carguero espacial.

Al captar el frenazo del vehículo, se dio vuelta sobre los tacones de las pesadas botas. Bill, Leo y Fox, igualmente protegidos por sus

equipos acondicionados, salían entonces del trineo. Les saludó con su habitual displicencia y la voz, siempre retumbante, manifestó:

—Habéis llegado oportunamente. Dentro de unos minutos habrá finalizado la carga.

—Ya veo que se ha dado prisa en ultimar los embalajes. No nos quiere tener como huéspedes en Ganymede, señor Kusock.

—La Compañía me paga para eso, Bill —e hizo una pausa, permitiendo que los tres hombres se aproximasen a él—. Toma —añadió—. Con ésto queda completo el informe. Recuerda que debes entregarlo al director en persona.

Bill aceptó el cilindro-sónico que le tendía y, por primera vez desde que habían llegado al pie de la nave, desvió los ojos para examinar a las dos personas que poco antes conversaran con Kusock. No se necesitaba ser telépata para averiguar de quiénes se trataba. Su identidad resultaba un secreto a voces. Un hombre viejo y una mujer joven. Los pasajeros impuestos por Kusock.

—Voy a presentaros —dijo éste—. Acercaos. Compartiréis la vida durante algún tiempo.

Obedecieron. La faz colorada de Leo Carvel se iluminó ruborosamente al contemplar a la muchacha. Fox, seco y pálido, no demostraba emoción alguna. Bill, por su parte, intensificó la ojeada escrutadora, y trató de adivinar la personalidad de los desconocidos, más desde un punto de vista espiritual que físico.

Kerman, el climatólogo, era un hombre que denotaba ancianidad y para quien nada debían significar los procesos de rejuvenecimiento orgánico. El cabello aparecía débil y canoso, los labios marchitos y en su rostro arrugado, casi ceniciento, había una expresión de cansancio. Estaba, como dijo Kusock, acabado. El retiro a perpetuidad era cuanto podía esperar de la PLANETAL.

Estrella Malkon, acaso por contraste, representaba la antítesis del hombre y no como simple apreciación objetiva, sino superlativa y gloriosamente. Todo en ella era lozanía, frescura y juventud. Bill se obstinó en no reconocer instantáneamente que un sólo calificativo podía definirla: bella.

La estudiante de mineralogía poseía un rostro terso y oval, perfecto, seductor cien por cien y tan expresivo que sólo con la mímica bastaba para hacerse entender. Además, y como parte importante del rostro. destacaban sus profundos y negros ojos, grandes y orlados de pestañas curvas. Los labios sonrieron con cordialidad, frescos, húmedos y sexuales. Unos labios maravillosos por su dibujo, y que oficiaban de estuche para la divina sarta de perlas que constituían sus dientes.

—Profesor Kerman, licenciado en climas —dijo Kusock—. La señorita Malkon, licenciada en mineralogía. Estos son Bill Sanders, Leo

Carvel y el guardia Fox.

Hubo un cruce de saludos y ligeros apretones de manos. Las grúas estaban completando el trabajo y prácticamente era llegado el momento de trasladarse al elevador ultrarrápido.

—Bienvenidos a mi nave —dijo Bill sin ceremonia—. Espero que no les resulte demasiado fatigoso el viaje y que pronto seamos buenos amigos.

—Como verán, Bill es un hombre correcto —sonrió Kusock—. Se preocupa mucho del bienestar ajeno. Creo que les dejo en buenas manos.

—Gracias por todo, señor Kusock —agradeció el viejo Kerman—. Siento tener que separarme de usted.

—Es necesario, profesor. Ha cumplido su período y merece las vacaciones. A mí todavía me queda un largo trecho por recorrer en el camino de los años —se volvió hacia Estrella Malkon—. Buen viaje —deseó—. La echaré mucho de menos. Palabra de terrestre.

La despedida tocaba a su fin. Apenas quedaban una docena de bloques por cargar. Los trabajadores abandonarían las bodegas y los guardias cuidarían de que las compuertas blindadas quedasen herméticamente ensambladas entre sí. Fox no tardaría en hacerse cargo de la vigilancia y Bill Sanders, ayudado por Leo, de los mandos del aparato.

Si entonces alguien les hubiese asegurado que no tardarían en vivir la más espantosa de las aventuras, posiblemente habrían estallado en carcajadas de incredulidad, porque para ellos, idóneos «vagaespacios», un viaje a través del negro Cosmos punteado de astros era algo tan cotidiano y vulgar que rezumaba aburrimiento. Pero, aunque nadie lo aseguró, prácticamente en tales momentos dio principio la horrible aventura.

Un policía llegaba procedente del ala sur del cohetódromo. La epidermis de su cara mostraba una lividez que tanto podía ser motivada por reacciones anímicas como por impresiones físicas. Bill supo en seguida, y antes que nadie, que aquel hombre acababa de sufrir un rudo choque emocional… y estaba asustado.

¿De que? No es pregunta fácil de contestar tratándose de un miembro de la policía interplanetaria, porque una de las asignaturas básicas que exige el cuerpo es el aprobado eficaz de la técnica del autodominio psicológico.

—Señor Kusock… —empezó—. Perdone. Necesito hablarle… con urgencia.

Sus pausas al hablar le delataban. Eran avisos. Toques de alarma. Bill tensó los músculos y se olvidó de que Estrella Malkon le miraba con cierta curiosidad, acaso fascinada por la prestancia varonil que dimanaba su cuerpo atlético y atractivo.

—¿Qué le pasa, agente?

—Ha... ha ocurrido algo, señor.

—Bien. No se lo calle. ¿Qué es ello?

—Preferiría decírselo... a usted solo.

Kusock atrapó al vuelo la indicación. Bill se estremeció dentro del equipo térmico. Las clásicas corazonadas que en el eran resortes de adivinación, brotaron en seguida por todos los poros de su cuerpo.

—Espere un segundo. Me reuniré con usted en seguida. Bueno, amigos. **Me reuniré con usted atención a los presentes (*)** —¡Feliz viaje a todos! Acompáñales hasta el elevador, Bill. Ponte en contacto con la torre de control para establecer el lanzamiento... y adiós. ¡Hasta la próxima!

(*) Literal del original. Posible errata (nota del ocerreador)

La despedida terminó así, lisa y llanamente tajante. Kusock jamás olvidaba la privilegiada categoría de jefe y apelaba a ella para resolver cualquier cuestión a su comodidad. Bill Sanders echó a andar hacia el elevador, seguido por los demás, mientras el representante de la PLANETAL se reunía con el policía y hablaban en susurros.

Nada le habría encantado tanto como escuchar su conversación, porque presentía que acaso pudiese tener íntima relación con su viaje.

Le preocupaba la situación de Ganymede a pesar de que, en apariencia, la anormalidad ya no existía y la Ley de Alerta acababa de ser abolida desde pocas horas antes.

Pulsó el botón de apertura del elevador y se echó a un lado, permitiendo que entrasen en él. Pensaba con intensidad. Devanándose la mente en suposiciones. Estrella y Kerman lo hicieron en primer lugar, imitados por Leo Carvel y Fox. Sólo Bill faltaba para completar la dotación y ascender hasta la proa de la espacionave. Sin embargo, algo le retenía allí clavado en el suelo, recibiendo el aire helado y furioso del satélite infernal.

Leo empezó a ponerse nervioso y Fox, resignado, se alzó de hombros. Captó las miradas de sus amigos y la extrañeza que su demora producía en la joven.

—¿Qué diablos esperas, Bill? —preguntó Leo, amoscado—. Vamos. Entra y subiremos.

—Id vosotros por delante —decidió él, de pronto—. Me quedo un momento.

—¿Cuándo dejarás de meterte en líos ajenos?

—He olvidado preguntarle al señor Kusock una cosa. Toma ésto —añadió, tendiéndole los cilindros informativos—. Déjalos en la cabina.

—Oye... ¿qué estás tramando ahora? Te conozco y a veces me asustan esas ideas repentinas que parecen darte...

—No tramo nada. Subo ahora mismo, Leo. He de hablar con el

jefe.

No podía perder tiempo si quería averiguar a qué obedecía la misteriosa prudencia del agente que advirtió a Kusock, y por ello, dio media vuelta y anduvo con la máxima rapidez que le permitía el equipo. Desde luego, había mentido. Nada tenía que preguntar al jefe. Obedecía a un mero impulso netamente personal.

La evidencia de que estaba cometiendo una infracción no bastó para disuadirle de sus propósitos y cuando el zumbido del ascensor se perdió camino de la proa, anduvo sin disimulos, hasta torcer junto a las grandísimas aletas de aterrizaje. Dirigió una excitada mirada en torno y no tardó en descubrir lo que buscaba. Su corazón latía con fuerza, alterado. ¿Por qué? Entonces supo, de forma concreta, que su presentimiento no había fallado.

Kusock y tres policías se hallaban al pie de una grúa inmovilizada por el cese fluidico de la teledirección remota. Las otras, a lo lejos, daban fin a la carga, y el ejército de trabajadores no tardaría en abandonar los almacenes entretanto los vigilantes procedían al cierre hermético. La partida era cosa de instantes.

Avanzó, cauto, procurando que sus botas no produjesen el menor sonido. Detrás de un tanque grisáceo, sin ocupantes, se detuvo para emplearlo como escudo. El huracán silbaba con furor y el cielo turbio de Ganymede mostraba, difusa, la esfericidad opaca de Júpiter y sus restantes satélites. Estaba haciendo lo posible por ocultar su presencia. Si alguien le sorprendía, le acusarían de espionaje y traición a la Compañía, aparte, naturalmente, de desobediencia por no haber seguido ciegamente las órdenes recibidas. Pero no podía dominar sus impulsos ni, tampoco, las emociones que agitábanse en su pecho. Abrió el volumen de captación de su escafandra y prestó atento oído.

Los cuatro hombres permanecían vueltos de espaldas a él, ajenos a la observación de que eran objeto, rodeando un bulto tronchado que yacía en tierra y azotados por las nubes de polvo hidrogenado que arrastraba el ciclón. ¡Un hombre en el suelo! Hablaban, y Bill alcanzó a escuchar una parte de lo que decían. La sangre se heló en sus venas lo mismo que si, repentinamente, su equipo protector hubiese sido arrebatado por la furia de los elementos climatológicos que imperaban en Ganymede.

—...Es Dayton, el capataz de la Sección B-5... Lo encontré caído detrás del transporte-cuba de oxígeno comprimido... Al examinarle, comprendí en seguida que estaba muerto y que alguíen intentó ocultarlo... Entonces fue cuando descubrí el orificio en la nuca...

Bill tragó saliva. ¡Un capataz de la Compañía asesinado! El latido de su corazón era encabritado. Palideció. Quizá debía regresar en seguida a la nave, evitar, por todos los medios, que le descubriesen espiando en la sombra. ¡Pero no podía moverse de allí!

—Hizo bien avisándome, agente —gruñó Kusock—. Salta a la vista que su muerte no ha sido natural. Le han asesinado. Pero no de forma comprensible. Destrozaron su yelmo y después cometieron la salvajada de perforarle la nuca. ¡Debe ser obra de un loco!

—Sí. ¡Es horrible, señor! Le han absorbido totalmente la masa encefálica. Igual que si una bomba espantosa hubiese aspirado el contenido orgánico de su cráneo. ¡Esto parece fruto del diablo!

—Repugnante —dijo alguien—. Han vaciado su cabeza. No cabe duda de que pretenden horrorizarnos...

Bill Sanders ya lo estaba. ¡Horrorizado por completo! ¡Qué forma tan sádica de asesinar! Una absorción cerebral, un vacío interior, succiones craneanas... ¿Dónde había oído hablar de semejantes vandalismos? Se esforzó en pensar, pero no consiguió el menor resultado, porque la excitación le imposibilitaba para discernir cuerdamente. Ahora, tenía que escapar de allí a toda costa. Ya sabía la verdad. No necesitaba más aclaraciones. ¡Cuando diesen la orden de lanzamiento, él debía hallarse frente a los mandos de disparo espacial!

La responsabilidad en que incurría llegó a enervarle. Se dio cuenta, con tangible dramatismo, de que podía verse metido en un serio apuro. No existiría apelación si lo atrapaban. Kusock sería el primero en lanzarse sobre él y echarle las zarpas al cuello. La cabeza le daba vueltas, porque le aturdía la magnitud del descubrimiento realizado. En Ganymede proseguían los misterios, ya que la infrahumana muerte del capataz Dayton así lo proclamaba.

Los hombres volvían a hablar, conscientes de que nadie podría escucharles, pero Bill no quiso arriesgarse a permanecer allí por más tiempo. ¡Debía escapar antes de que fuese tarde! Encerraría el secreto en su alma y sólo respiraría tranquilo cuando volase por el espacio, lejos del maléfico satélite y sus habitantes. Seguramente la ley de alerta volvería a ser implantada en breve. No le seducía la idea de verse envuelto en las mallas de una investigación en la que las sentencias y los castigos se ofrecerían pródigamente.

Con gran lentitud —pese al anhelo febril que le dominaba— casi sudando de puro nerviosismo, retrocedió y llegó nuevamente junto a las aletas de la espacionave. El esfuerzo de contención y la tensión nerviosa sufrida le mantuvieron extenuado hasta que logró introducirse en el confortable elevador. Sólo entonces, gozando de la ansiada. libertad de expresión, emitió un profundo suspiro largo tiempo reprimido.

—¡Dios mío! —musitó, alarmado—. ¡Es abyecto morir de esa forma!

El ascensor corría raudo hacia la altísima proa. A su pesar, ganado por el espasmo, recordó cuándo había escuchado en la breve actuación de espionaje. Hombres atacados por influencias

desconocidas y privados de su cerebro. Otra vez pensó en las absorciones craneanas y de nuevo tuvo la evidencia de que no le eran desconocidas. Un agujero en la nuca —lo que delataba ataque a traición— y luego, escalofriante, una aspiración penetrante, asesina, que chupaba la materia viva y pastosa que constituía la inteligencia.

La sacudida amortiguada le demostró que acababa de llegar a su destino. Se sentía mareado, vivamente afectado por la impresionante y nauseabunda realidad. Salió del cilindro y caminó con torpeza, asqueado. ¡Un descubrimiento bestial! Leo Carvel se paseaba impaciente por un lado del pasillo de paredes vitreoalumínicas. Ya iba equipado con el traje de vacío y corrió a su encuentro con esa prisa un tanto excitada que denota malhumor contenido con dificultad.

—¡Al fin! —reprendió—. ¿Dónde estabas metido? ¡Creí que no ibas a subir nunca!

—Te ..., te lo explicaré más tarde —replicó Bill roncamente.

—Oye... ¡Te has quedado blanco como la nieve!

—Vayamos a la cabina. En la torre estarán preguntándose por qué no solicitamos permiso para abandonar el satélite...

—Algo te ha ocurrido. Y no muy bueno, que digamos. Te ha pillado Kusock correteando por ahí, ¿verdad?

—Mucho peor. He sufrido una prueba que no se la deseo ni a mi mayor enemigo. ¿Has olvidado la cara que ponía el agente cuando avisó a Kusock?

—No. Como si hubiese visto visiones...

—Cierto, Leo. Yo las he visto también. Te aseguro que tengo el estómago revuelto...

—¡Cáscaras! ¿Hablas en serio?

—Palabra. Ya te lo contaré después. ¡Salgamos cuanto antes de Ganymede!

—Menuda prisa te ha entrado de golpe. Cualquiera diría que soy yo, y no tú, el que lo dice.

—Puede que me hayas contagiado después de tanto tiempo de oírte gruñir pestes sobre Júpiter. ¿Dónde están los pasajeros?

—Les he colocado en sitios distintos. Al viejo le he dado el cuarto de reparaciones y a la chica, para que gozase de libertad, la instale en mi cámara. ¿Qué tal?

—Bien.

—Espero que no te importe, Bill, pero tendré que compartir tu aposento...

—No me importa —asintió el joven—. Bueno. Hazte cargo de los controles. Voy a conectar con la torre.

Habían llegado a la cabina y Bill se instaló frente a los mandos. Abrió el telecomunicador, accionó las manijas de paso de combustión y cerró los contactos de alarma. Temblaban sus manos. No le satisfacía

comprobarlo, pero la verdad era que todavía seguía afectado.

Mientras ponía la astronave a punto de disparo, habló con la torre. Todo listo para el lanzamiento. Los trabajadores y grúas empezaban a retirarse del área expansiva del cohetódromo.

En la pantalla se reflejaban los movimientos de despeje, tan familiares para el piloto y su ayudante. Instantes después contarían con sitio más que sobrado. Disponían, pues, de unos pocos minutos más.

—Los justos para cambiarte —comentó Leo, que estaba graduando giróscopos, estabilizadores tangenciales y disponiendo la electronía de escape gravitorial.

Bill se liberó de la escafandra y deslizó los broches invisibles del equipo. Sólo invirtió medio minuto en desnudarse y reemplazar la indumentaria por el cómodo traje de vacío espacial para vuelos interestelares. Tenía el ceño fruncido y los labios pálidos. secos, comprimidos. Quería alejar de su mente la preocupación, esforzándose en ello, pero se reconocía impotente.

—Dime de qué se trata —pidió el copiloto—. Nunca han habido secretos entre nosotros, ¡y me tienes perplejo!

—Todavía no. Quiero salir antes de Ganymede. Mira. Ya avisan de la torre —señaló, indicando con la barbilla el parpadeo luminoso —. ¿Listo, muchacho?

—Por mi parte, cuando quieras.

—Vamos allá, pues.

En el cohetódromo, sentado dentro de su trineo mercurial, el obeso Kusock mantenía los ojos fijos en la espacionave. La miraba, aunque, en realidad, el velo de la inquietud ponía fijeza en sus pupilas sin que éstas observasen cuanto ocurría en torno. Físicamente era el mismo hombre de rostro húmedo, carnoso y graso. Pero moralmente, estaba desmoronado por un insoportable peso interior.

No lo podía imaginar, mas pensaba tan intensamente como Bill en busca de una solución al nuevo problema planteado por la muerte del capataz Dayton. Un trueno agudo, cavernoso y supersónico le sacó de su abstracción. El carguero de uranio iba a saltar al espacio cósmico.

La tormenta química pareció empequeñecerse, aventajada por la energía atómica del lanzamiento. La expansión de los gases exhaustivos, saliendo huracanadamente por las cuadrículas de escape, barrió un amplio sector y los fogonazos de rojiblancas llamaradas cegaron sus ojos fijos y fascinados.

La astronave, despegando con violentísimo impulso, hendió el aire y ascendió hacia las capas atmosféricas. dejando a su paso un reguero de chispas, lo mismo que una cola ígnea de cometa. Pocos segundos después, de su presencia tangible sólo quedaba un puntito centelleante perdido en el espacio nebuloso de Júpiter.

—Os envidio, muchachos —murmuró para sí—. Daría varios años de mi vida por hallarme a vuestro lado.

Quizá Kusock no habría formulado semejante deseo de saber lo que el destino deparaba a los «vagaespacios» de la PLANETAL. El horror, el enigma y la muerte viajaban también en la nave del uranio. Pero no un horror y un enigma corrientes. Algo escalofriante. Tanto o más que la muerte misma.

CAPITULO VI

El bloque vacío

A bordo de una nave espacial se pierde bien pronto el control del tiempo, porque la sucesión de noches y días es algo tan utópico como si jamás hubiese existido.

Siempre es de día dentro del maravilloso ingenio volante y, por contra, siempre es de noche en el etéreo exterior. Ganymede había quedado atrás, hundido en la sima del vacío, y con su desaparición se perdieron los horarios fijos, las normas impuestas por la naturaleza regidora y, sobre todo, los conceptos relativos de «amanecer» y «crepúsculo».

A partir del lanzamiento, los tripulantes empezaban a contar por «atomgánsicos», unidad adoptada para medir el desgaste de combustible, en razón de la cual podía averiguarse la distancia espacial recorrida según el consumo. Estrellas, asteroides y nebulosas galácticas, misteriosas cual velos mágicos, destacaban del inabarcable cielo negro. Un espectáculo que, pese a resultar sobrecogedor, poseía inmenso coeficiente subyugante.

Estrella Malkon, especialmente, no conocía distracción más placentera desde que solicitó autorización de Bill para permanecer en la cabina de dirección. Al joven jamás le había gustado ser observado, y mucho menos tratándose de una mujer recomendada particular del directorio. Sin embargo, no tuvo valor para negarle el inocente capricho donde tan escasos recursos de entretenimiento existían.

Así pues, ella se convirtió en una especie de observador privado, al que la curiosidad y la sorpresa obligaban a veces a enmudecer de estupor. Se extasiaba ante la contemplación de los extraordinarios cúmulos globulares y las variadas constelaciones de parpadeantes estrellas azules, blancas y rojas. El cielo incognoscible, todavía saturado de misterios pese al avance arrollador del Hombre, la mantenía en un estado que poseía algo de hipnótico.

Dejaba transcurrir horas y horas instalada ante la pantalla de teleobservación cosmológica, donde el espacio y la multitud de cuerpos que lo pueblan ofrecíanse igual que en una ininterrumpida proyección fílmica. Las estrellas, sobre todo, la atraían poderosamente, de entre las cuales destacaban las de tipo «alfa», centelleantes a causa de su intensísima luz. También los asteroides errantes, gravitando en el vacío por fuerzas de atracción momentáneamente equilibradas, le hacían prorrumpir en gozosas exclamaciones motivadas por la variadísima graduación de «albedos»,

o poder reflector de la invisible y distanciadísima luz solar.

La muchacha, demostrando su dúctil capacidad de adaptación, se aclimató pronto al nuevo régimen de vida, lo cual no dejó de ser para Bill Sanders un verdadero regalo, ya que ello le permitía inhibirse de preocupaciones al margen de su delicada labor de piloto, Llegaron, incluso, a hacerse buenos amigos, e intimar cordialmente, proporcionando un grato aliciente en medio del constante existir en comunidad que al principio pudo parecerle ligeramente escabroso.

Lo mismo podía decir del profesor Kerman, un hombre cuya presencia servía de aliento y para quien la vida, no obstante su vejez, parecía repleta de prometedores optimismos. En la espacionave, la reducida familia constituida por los cinco miembros entre tripulantes fijos y pasajeros accidentales, reinaba la armonía perfecta del entendimiento.

Precisamente, durante una de las jornadas, mientras Leo Carvel iba a relevar a Bill en su puesto directriz, los dos amigos hablaron de ello en son de alegre comentario.

—Anda, Bill. Échate a dormir un rato. Yo me encargo de la dirección.

Bill Sanders le sonrió con jovialidad.

—Te aseguro que no estoy cansado todavía.

—Claro que lo estás. Llevas seis horas sin moverte de ahí-replicó Leo —. Lo que ocurre es que te molesta dejar el sitio precisamente cuando Estrella Malkon no tardará en llegar. ¿Por que te empeñas en engañar a este zorro astuto que soy yo?

—No me atrevo a afirmar que seas astuto, Leo..., aunque encuentro bastante acertado lo de zorro. De todas maneras, creo que si te has acordado del relevo no ha sido exclusivamente por mí..., sino por ella.

—Conforme —admitió el copiloto, ruborizándose—. Yo. al menos, no apelo a hipocresías para disimular mis actos. ¿No te has dado cuenta todavía de lo preciosa que es esa muchacha?

—¿Supones que estoy ciego?

—¡Uf! ¡Si apenas hablas catorce palabras seguidas con ella!

—¿Y tú? Te quedas más callado que una tumba cuando Estrella se coloca delante de la pantalla.

—Bueno —rezongó Leo, siguiendo la broma—. No he venido a regañar contigo. Déjame que ocupe el puesto de una vez.

Bill consintió en ello y se desperezó largamente, desentumeciendo los músculos, mientras Leo se enfrascaba en las lecturas y mediciones del salpicadero electrónico.

—En el cuarto tienes las raciones vitamínicas para hoy —añadió el copiloto—. Que te aproveche el ágape.

—Gracias, muchacho.

—Oye, Bill —. Leo se volvió a mirarle, aunque no por ello descuido la dirección espacial—. Ahora hablando en serio. Te encuentro desconocido. ¿Por qué?

—Casi eres tan alegre como yo. ¿Será por la misma causa?

—Es posible.

—Seguro. No pareces el mismo hombre que subió a bordo el día que salimos disparados de Ganymede. ¿Recuerdas lo que me contaste sobre el capataz Dayton?

—Sí. No he podido olvidarlo.

—Eso temía. Sin embargo, ahora te encuentro distinto. Ya ves que tenía razón al asegurar que la zona de Júpiter pone enfermo a cualquiera. Desde que la abandonamos, tú y yo volvemos a aceptar las cosas con optimismo. ¿Qué estará ocurriendo en el satélite? Imagino a Kusock sudando como una medusa y dándose a todos los diablos.

—No lo sé…, ni me importa. Deseaba volver a la nave porque esto es lo mío. Yo no entiendo de cosas sobrenaturales, Leo. Estoy al margen de cuantas políticas apareja el comercio de uranio. Me escalofriaba pensar en el horrible fin de Dayton, pero ahora, estando tan lejos de todo aquello, a veces me pregunto si no sería sólo fruto de una mala pesadilla.

—Puede que esa preciosidad licenciada en mineralogía haya influido lo suyo.

—Vuelves a hablar en broma, ¿verdad‘?

—No.

—Estás chiflado —sonrió Bill—. ¡Hasta luego!

—Muy bien. Vete a dormir. ¡No sé por qué pierdo el tiempo hablando con un pedazo de roca como tú!

Bill salió de la cabina y enfiló por el pasillo, dirigiéndose al aposento que actualmente compartía con Leo Carvel. Durante unos minutos estuvo reflexionando sobre lo que este último habíale dicho, y acabó aceptando su exacta percepción de los hechos. Desde luego, la estancia en Ganymede no le hizo ningún favor.

Asistió a los estertores de una revolución, al bombardeo cobáltico de las «ciénagas» y a la repugnante salvajada cometida con Dayton. Ahora, apartado de todo aquello, volvía a sentirse el mismo de antes, despreocupado y feliz. Acaso, como Leo sugería, la presencia vivificadora de Estrella Malkon poseía importancia decisiva en el cambio.

Caminaba pensando en ella cuando, gratamente sorprendido, la vio avanzar por el extremo opuesto del pasillo, después de doblar el recodo. La brillante luz que difundían los tubos acoplados a las paredes, hacían resplandecer sus sedosos cabellos y daban un suave fulgor a los ojos negros y soñadores. La joven también sonrió al descubrirle. Aquella sonrisa deliciosa, que descubría el tesoro de los

dientes blancos y apiñonados.

—Hola, Bill —saludó.

—Ya sé a dónde va.

—Quiero echar una mirada a nuestros astros. A fuerza de tanto contemplarlos, ya he llegado a considerarlos como algo propio.

—A mi también me ocurre igual. Es una contemplación que no cansa, ¿verdad?

—Me divierte. Nunca creí que en el espacio pudiesen existir tan dispares y renovadas variaciones. He dejado al profesor Kerman ocupado con su siesta. Temo que vuelva a resentirse de los mareos iniciales. Tendido en su litera, consigue recuperarse sin necesidad de analgésicos.

—El corazón —apuntó Bill—. Ha latido demasiados años y bajo diferentes presiones astrales. El retiro de la Compañía le llega en un tiempo muy oportuno para él.

—¿Va a su cámara?

La pregunta escapó tan espontáneamente de sus labios que Bill se vio obligado a aceptarla con una sonrisa. No le disgustaba el interés que Estrella parecía sentir por su persona.

—Sí —repuso, mirándola abiertamente—. Leo acaba de relevarme. El se encargará de hacerle compañía.

Estrella Malkon bajó la cabeza, acaso arrepentida por la vehemencia que antes puso en la voz. En el parpadeo de sus espesas pestañas se adivinó un ligero síntoma de turbación. Bill seguía mirándola, sin molestarse en disimular la recta intensidad.

—Tiene razón —admitió ella—. Es lógico que descanse alguna vez. Lleva sobre sus hombros la tarea más penosa de todas. Le gusta su profesión, ¿verdad?

—Mucho —afirmó Bill.

—Siempre he sentido admiración por los pilotos espaciales. Su vida es una continua aventura.

—Eso lo habrá oído en alguna novela televisada. No lo crea. Casi nunca ocurre nada anormal en estos viajes..., excepto que se hacen interminables. No es que me queje del ocio, pero también siento admiración por los que desempeñan los demás. La mineralogía, por ejemplo.

—Lo considero una galantería, no una confesión —sonrió ella.

—Tómelo como ambas cosas, Estrella. El señor Kusock opina que es usted persona de gran porvenir.

—Todavía estoy estudiando. Falta mucho para que me perfeccione y pueda aspirar a un puesto técnico de responsabilidad en la PLANETAL.

—¡Oh, no sea modesta! Le auguro grandes éxitos.

Ella pareció a punto de añadir algo; pero no lo hizo. Hasta

entonces siempre habían hablado en los mismos términos amigables y respetuosos. Quizá cualquiera de los dos habríase sentido dichoso fundiendo el hielo de la cortesía y diciéndose lisa y francamente lo que pensaban de sí mismos. Bill —y no porque Leo lo repitiese hasta la saciedad— se sentía atraído hacia la muchacha. Ambos eran jóvenes, y la juventud tiene impulsos que no es fácil sofocar con convencionalismos corteses.

—Es usted una mujer que merece triunfar en lo que se proponga —agregó con acento confidencial.

Se miraron a los ojos. No era aquella la primera vez que se sorprendían en semejante actitud. La conversación trivial representaba el mero pretexto para prolongar la permanencia. Había un fuego de ternura en las pupilas de Bill que ella, como siempre, apagó desviando la mirada.

—Hasta luego —dijo en señal de despedida—. ¿Quiere algo para su amigo Carvel?

—Dígale que es un zoro astuto… y afortunado. Seguro que él comprenderá lo que significa.

—Se lo diré.

—Adiós, Estrella.

—Adiós, Bill.

Ella continuó pasillo adelante, rumbo a la cabina que Bill abandonara poco antes, y el piloto siguió con la vista los gráciles movimientos de la figura femenina que se alejaba. Cierto que Estrella Malkon había influido en su existencia, privándola de una elevada porción de monotonía. El viaje habría sido tan insípido como de costumbre y la presencia de la bella pasajera en la nave era una de las pocas cosas por las que siempre se hallaría en deuda con el representante de la Compañía. No hubiese podido elegirle mejor lenitivo para contribuir a olvidar cualquier género de asechanzas.

Pero las asechanzas, las más tétricas y siniestras, permanecían latentes en derredor de Bill Sanders y no tardarían en desencadenarse de forma violentísima. La brutalidad, agazapada, rondaba en el ambiente y se abalanzaría sobre su moral de forma imprevista. Claro, que entonces se hallaba muy lejos de sospecharlo siquiera. Mas aquel era el día en que iban a dar principio las manifestaciones preliminares.

Consumió sus raciones vitamínicas y las frutas hidroazucaradas de postre, uno de los pocos manjares naturales mantenidos en congelación que recordaban su etnografía terráquea. Luego, para dar reposo a los contraídos músculos, se tumbó en la litera y trató de dormir.

El sueño no acudía a sus ojos, porque éstos se encontraban llenos por la espléndida visión de Estrella Malkon. Desde que empezó a tratarla, había imaginado un absurdo sarcasmo. Porque no se atrevía a

calificar de otra forma sus pretensiones. Aquella joven, inteligente y cultivada, estaba tan lejos de él, tan inaccesible, como la propia significación de su precioso nombre.

Fue algo después, quizá un par de horas más tarde, cuando el primer toque de atención trajo a su mente las zozobras que ya suponía desterradas para siempre. Solos en el espacio, hendiéndolo en silencio igual que una centelleante saeta de plata, únicamente un timorato se hubiese atrevido a sentir inquietud respecto a la suerte futura.

Bill Sanders, que nada tenía de timorato, experimentó esta inquietud desde el momento mismo en que Lino Fox, tratando de dominar sus nervios, pulsó el interruptor de llamada y le envolvió en una mirada alterada por la intranquilidad.

—No esperaba esta visita —dijo Bill, incorporándose a medias en la litera.

—Perdona. Lamento molestarte en pleno descanso, pero eres el jefe de la nave y debes conocer cualquier novedad. Vístete. Quiero que me acompañes a echar una ojeada por la sala catorce del almacén.

—Cualquiera diría que me estás dando órdenes.

—Te lo ruego, Bill. ¡Cada segundo puede ser decisivo!

La seca voz del vigilante, vibrando al hablar, acabó de ahuyentar los restos de somnolencia que todavía quedaban en su aturdida mente.

—¿Qué significa eso de novedades, Fox? ¿A qué viene tanta prisa?

—Significa que las hay… y que conviene actuar con rapidez. No comprendo cómo ha podido ser, pero lo cierto es que existen. Unas novedades inexplicables. Necesito tu opinión, Bill, porque la mía es demasiado pesimista.

—Conforme.

No hizo ninguna pregunta más. Conocía a Lino Fox y sabía que no le diría nada concreto hasta después de haber escuchado sus propias conclusiones. Su primer pensamiento, centelleante, fue para Estrella Malkon, estremeciéndose ante la posible cercanía de un ignoto peligro. De un gruñido, en desacuerdo consigo mismo, rechazó tal prevención, juzgándola estúpida. Acaso Lino se estaba comportando como un vulgar alarmista.

Se vistió en dos zarpazos y, juntos, trasladáronse a uno de los ascensores para el servicio internávico, que les depositó doscientos metros por debajo de donde se hallaban las dependencias anejas a la proa del aparato. Lino Fox persistía en su silencio y sólo la respiración, al escapar por sus fosas nasales, mostraba la agitación interior. No. El guardián de la PLANETAL no era un alarmista vulgar. Al contrario. Parecía poseer nervios de acero. Y sin embargo… ¡Bill habría asegurado que temblaba de excitación!

La sala catorce, una de las inmensas subdivisiones de la

amplísima bodega general de carga, permanecía alumbrada tenuemente por los arcos incandescentes que resaltaban en el techo blindado. Fox torció el regulo-conmutador del cuadro central y la intensidad de la luz aumentó en seguida, permitiéndoles apreciar las interminables hileras de bloques cristalizados con igual nitidez que bajo los dorados rayos del Sol al bañar la superficie de la Tierra.

—Sígueme —pidió Lino—. Lo que buscamos esta al final de la sala.

Bill alargó las zancadas para amoldar su paso al del zanquilargo y sombrío vigilante. El uranio, solidificado en grandes cubos transparentes, yacía a lo largo, alto y ancho de la dilatada sala catorce. En los costados de cada cuadrado uránico resaltaba el anagrama rojo compuesto por las tres letras entrelazadas: C M P. Todos habían sido revisados y debidamente fundidos para unificar el peso.

—Parece increíble —comentó Fox—. Jamás me hubiese atrevido a pensar una cosa así.

—Si al fin has decidido explicarme algo, procura hacerlo desde el principio. No asimilo el alcance de tus palabras.

—Me refiero a los bloques.

—Bueno —gruñó Bill—. No es mucho, pero sirve de algo. Al parecer, el intríngulis de todo este asunto radica en el uranio, ¿eh?

—Sí, Bill. Pero no hace falta que te diga nada. Estamos llegando y podrás verlo con tus propios ojos.

Fox abandonó el pasillo central y torció por un callejón subsidiario, abierto entre las pirámides de ordenada mercancía para facilitar el acceso a los puntos más distanciados. Los arcos despedían una luz tan intensa, e iluminaban de una forma tan igual, que los dos hombres no proyectaban ninguna. sombra sobre el metálico suelo. Fox se detuvo, respiró hondo y extendió su largo brazo izquierdo.

Antes de fijar la vista en la dirección indicada, el piloto advirtió la tensa actitud del policía, cuya mano derecha, engarfiada, asía la culata de la pistola de rayos. Nunca le había visto tan alerta y presto a entrar en acción. Luego, girando los ojos, examinó el lugar que señalaba. Realmente, no pudo reprimir una exclamación de asombro. ¡Aquello resultaba inaudito... e inverosímil!

—Sabía que iba a dejarte con la boca abierta —rezongó Fox abarcando los alrededores al tiempo que describía un semicírculo sin separar los pies—. A mi. me pasó otro tanto. ¿Qué opinas? ¿Es extraño o no?

—Muy extraño —afirmó Bill despacio—. Y no me gusta ni pizca —añadió al agacharse para examinar de cerca el objeto de su pasmo —. Pero lo que se dice ni pizca.

—En eso estamos de acuerdo. Dime si eres capaz de explicar por

qué este cubo se hallaba vacío por dentro… ¡y sin embargo dio el peso exacto cuando lo comprobaron en el control de salida! De otra forma, jamás habría abandonado la central de Ganymede.

—¡Que me desintegren si no encerraba en su interior alguna cosa maciza! Creo que estamos llegando al fin de nuestra tranquilidad, Fox. Porque ahora, sea lo que sea… ¡la maldita «cosa» debe andar suelta por la nave!

—Has dado en el quid —dijo, agorera, la voz profunda del vigilante.

Los dos terrestres contemplaban con recelosa atención el bloque agrietado y hueco que aparecía caído junto a las sólidas filas de uranio cristalizado. Sus dimensiones eran exactas a las de los demás que ocupaban la inmensidad de la sala catorce. Color, forma y apariencia idénticas. Hasta el anagrama de propiedad impreso en la superficie. Sólo las agrietadas paredes laterales, mostrando el vacío interior, diferían de los miles restantes.

Bill lo golpeó con los nudillos y asintió. Luego, poniéndose de pie, miró a Fox con la frente surcada de arrugas.

—Lo han construido con una lámina superficial de uranio, lo que debió impedir que fuese identificado como falso —meditó en voz alta —. Seguro que contenía algo dentro, Fox, porque he observado un cierto empañamiento y ligeros síntomas de humedad.

—¿Humedad? —repitió el vigilante—. ¿Quieres decir que encerraba un líquido?

—O una forma viva. Esa humedad podría ser transpiración.

—Se habría secado al abrirlo.

—Sí. Pero el uranio cristalizado recoge los vapores y queda manchado. Estas huellas, o síntomas, no son exactamente líquidas, sino marcas de lo que «fueron» mojaduras y acabaron por convertirse en vapor al contacto con el oxígeno que inunda la nave.

—¿Te has propuesto asustarme, Bill?

—Sólo quiero averiguar la Verdad.

—Quizá saquemos algo en claro efectuando un registro minucioso.

—Un transporte espacial, cargado a tope, no es el objeto más indicado para someterlo a registros. Existen mil lugares, mil huecos y agujeros perdidos, en donde permanecer oculto y burlarse de nuestros esfuerzos.

—¿Qué sugieres?

—He de pensarlo despacio. ¿Cómo descubriste el bloque vacío?

—Por pura casualidad. Estaba efectuando una ronda por las salas y me detuve a descansar unos minutos precisamente en ésta. Entonces, resaltando con fuerza del silencio, escuché un chasquido acompañado de algo que parecía rebotar como cáscaras de materia cálcica. ¡Debía

ser el bloque en el momento de abrirse!

—Tal vez no —rechazó Bill, que se estrujaba la mente en busca de una explicación.

—¿Por qué no?

—Dejar el cubo a la vista del primero que pasase es un descuido demasiado burdo.

—¿No concedes demasiada inteligencia a...?

—Aguarda. Tengo otra teoría respecto a eso. Vamos a razonarla.

—Por mí no te detengas.

—Fíjate. Si realmente algo «vivo» viajaba dentro, es lógico que abandonase el encierro nada más iniciarse el viaje. Compréndeme. Tenía que respirar por fuerza... si aceptamos la hipótesis de su vivencia.

—¿Y Si no «viviese», tal como nosotros imaginamos?

—Resultaría un ente inanimado. Aquí no vemos nada, aparte del bloque de uranio. Admitamos, pues, que vive.

—Bien. Es una «cosa» viva. ¿Qué más?

—Antes de que Leo viniese a relevarme, comprobé que llevábamos consumidas unas seiscientas unidades de «atomgánsicos», lo cual, en números aproximados, viene a equivaler a un mes terrestre de permanencia en el espacio. Nadie que goce de vida orgánica lograría resistir treinta días encerrado en un bloque apórico de uranio, sin fisuras ni climatización, a menos que prefiera convertirse en cadáver. ¿Sigues mi razonamiento?

—Punto por punto. Continúa.

—La «cosa», vamos a designarla de esta forma impersonal, fue introducida en la nave envuelta por una porción cúbica de cargamento. Admitido. No podía dejar de respirar. Admitido también. Así pues, y seguimos admitiendo hipótesis, lo primero que hizo fue librarse de su encierro camuflado mediante el procedimiento más simple: destrozar las paredes. Otro punto que sacamos en claro: posee fuerza y facultad de usarla a voluntad.

—Admitido —parodió Lino Fox.

—Ya la tenemos situada dentro de la nave. Ahora, debe proseguir en el incógnito. Ha sudado, quizá hasta se ha sentido morir por causa de la impenetrabilidad del uranio. En las superficies interiores del bloque aparecen manchas delatoras. La «cosa» no puede destruirlo, porque entonces descubriríamos sus manejos... ni tampoco arrojarlo al vacío. Las compuertas han sido herméticamente cerradas y sólo apoderándose de la cabina de dirección le será permitido accionar el mecanoelectronismo de apertura. Entonces, adopta la única solución viable: ocultar los pedazos.

—¿Y yo cómo escuche...?

—Esto es lo que hace —atajó Bill—. Durante jornadas enteras tú

has pasado por la sala catorce sin apreciar nada anormal. Pero la última vez, al detenerte a descansar, los restos cristalizados son desplazados de su escondite por una sacudida de la nave. Exacto... —reflexionó—. Nos hallamos a mitad de camino entre Júpiter y Marte, justo en la zona de influencia asteroidal, lo que produce sacudidas en el vuelo que en proa apenas son perceptibles[4]. Esto es lo que ha motivado su caída al suelo, Fox. Pero no significa, ni remotamente, que la «cosa» haya salido ahora de su encierro.

—¡Es para enloquecer!

—¿No estás de acuerdo conmigo?

—Todo son adivinanzas... pero la tuya me parece bastante lograda. Sí. Acepto la explicación. ¡Maldita la gracia que me hace! Me crispa los nervios pensar que hayamos estado tanto tiempo viviendo con un ente extraño introducido de polizón a bordo. ¡Y sin saberlo!

—Tampoco mis nervios se encuentran demasiado tranquilos..., especialmente después del hallazgo.

—¿Dónde habrá ido a esconderse, Bill?

—¡El infierno lo sabe, porque lo que es yo...! —se frotó la barbilla—. Tal vez no tardemos mucho en tener noticias. Ponte en su lugar. Tenías que respirar, y rompiste el bloque. Pero ahora debes comer. ¿Cuál sería tu línea de conducta?

—¡Naturalmente! Le diré al viejo que vigile la cámara de víveres. Cuando vaya a...

—Un momento.

—Puedo hacerlo yo, si lo crees más oportuno.

—No me importa que lo haga el profesor Kerman... cuando sea. Pero me contraría bastante que él... y la muchacha se encuentren a bordo. Quizá sería preferible guardar el secreto entre los dos por el momento. Cuanto antes lo sepan. antes comenzarán los temores.

—Te aseguro que yo no estoy asustado.

—¿De veras?

—Un poco aturdido sí, lo confieso. Pero harían falta muchas «cosas» para que Lino Fox perdiese su valor. No creo en las brujerías del espacio ni en los peligros sobrenaturales. Eso es propio de hombres prefutúricos, no de los actuales. Mantendré la pistola siempre a mano y al primer indicio sospechoso... ¡Zas! ¡Polvo en el aire!

Bill había dejado de frotarse la barbilla y miraba atentamente, aunque con odio, el descascarillado bloque de uranio. No escuchaba las animosas y enérgicas expresiones de Fox. Reflexionaba intensamente y recordaba, a su pesar, la maquiavélica succión cerebral sufrida por el infortunado Dayton. Se estremeció.

—¿No crees que es el mejor sistema?

—Tampoco yo tengo miedo, al menos hablando en términos físicos —contestó, distraído—. Pero no olvides que viaja una mujer

con nosotros. Esto es cosa de hombres. Mejor que no digamos nada por ahora, Fox. ¿Te sientes capaz de guardar silencio?

—Leo Carvel dirá que somos unos desconfiados cuando lo sepa.

—Si entonces se ha solucionado todo, no me molestará que diga lo que quiera. Vamos a callar cuanto suponemos. Te lo pido como favor.

Fox sacudió la cabeza afirmativamente.

—Conforme. ¿Qué hemos de hacer?

—Daremos una vuelta de inspección por las otras salas. Dudo mucho que hallemos algo de importancia, mas nada se pierde intentandolo.

—Intentémoslo. Andando, Bill.

—Por sí acaso…, sólo como precaución, ¿eh?…

—Dime.

—Conserva la pistola dispuesta para entrar en fuego.

—Mi pistola siempre esta dispuesta. Y la mano rápida. ¡Pobre de la «cosa» si le echo la vista encima!

Los dos terrestres recorrieron a la inversa el callejón y volvieron al pasillo central. Bloques de uranio, brillantemente iluminados, a izquierda y derecha, al fondo y delante, por todas partes. Cuando llegaron a la salida opuesta de la sala catorce, Fox movió el reguloconmutador y los arcos luminosos, al perder intensidad, la dejaron sumida en una dulce semipenumbra, aliviadoramente grata después del tiempo que permanecieron bañados a puro destello cegador.

Sombras oblicuas, angulares, quedaron proyectadas sobre el suelo, creadas por los cubos uránicos alineados en compacta formación. Al perderse los pasos de Bill y Fox, el silencio reinó nuevamente en la dilatada amplitud de la sala catorce. Algo semejante a un silbido reptilesco, ominoso y cosquilleante, surgió de la viscosa oscuridad, sin que fuese posible localizar el origen y el lugar de procedencia.

Entonces, muy lenta, una nueva sombra deslizóse por las cercanías del bloque destrozado… Y en aquella sombra sibilante… ¡no existía ni una sola línea recta!

CAPITULO VII

Misterios

La inspección no aportó nada nuevo a los conocimientos que Bill creía poseer respecto al falso bloque de uranio. No fue un registro apresurado ni rutinario. El y Fox, únicos enterados de la anormalidad, vivieron algunas jornadas sólo pendientes de averiguar algo concreto. Celebraban frecuentes cambios de impresiones y poco a poco, lenta, pero sistemáticamente, revolvieron la nave por todos los rincones.

A no ser por la existencia de los fragmentos de uranio —pruebas tangibles de que no actuaban por simple capricho, sino espoleados por la acuciante necesidad— habrían llegado a creer que la fatídica «cosa» sólo existía en su imaginación.

—Yo diría que se ha esfumado... o que somos víctimas de un fenómeno óptico —masculló Lino Fox durante una de las entrevistas —. He tanteado cada palmo de terreno, sin hallar la menor huella. ¡Ya no sé por dónde volver a buscar, Bill! Te lo digo en serio.

—Comprendo. Por eso afirmé que un carguero espacial es el sitio más indicado para ocultarse. De este modo, jamás encontraremos nada positivo. Mientras nosotros registramos la sala cuatro, quizá el enigmático polizón se encuentra agazapado en un ángulo de la ocho. ¡Hay tantos y tantos lugares en donde evadirse a nuestros ciegos ojos humanos! Además, ni siquiera tenemos idea de la forma, color o medio de traslación que emplea la «cosa». Vamos a oscuras, Fox.

—Sí. Esta. es la amarga realidad.

—Hay que revestirse de paciencia. Celebro no habérselo comunicado a nadie, porque así lo llevaremos en silencio tú y yo, sin alarmas. ¿Imaginas lo que sucedería si los demás estuviesen al corriente? La incertidumbre iría creciendo de tal forma que acabaría desmoralizándonos a todos.

—¿No sucederá también, a pesar de las precauciones?

—En lo que a mí respecta, no. Cada hora que transcurre me considero más seguro. No podría explicarte la razón, Fox; pero creo que si el propósito de nuestro extraño visitante fuese el de causarnos mal, en estos momentos ya habría hecho alguna de las suyas. Ocasiones no le han faltado, porque Leo, Kerman y Estrella viven desprevenidos. ¿Estás tú desmoralizado?

—No digo tanto..., aunque sí bastante confuso.

—Tenemos que esperar —insistió Bill—. Sea lo que fuere, debe alimentarse, y acabará desubriendo su presencia y cayendo en nuestropoder.

—¿Qué respondes a mi idea de vigilar el depósito de víveres?

—Hazlo…, pero disimuladamente. Yo también permanezco ojo avizor en ese sentido. Sobre todo, procura que los demás no se den cuenta de tu estado.

—Si se prolonga la situación, no tendremos más remedio que confesarles la verdad.

—Ya lo sé. Será inevitable. Pero de nosotros depende que ellos duerman tranquilos, en vez de sobresaltados.

—Tú tampoco puedes conciliar el sueño, ¿eh?

Bill no contestó abiertamente, aunque su cabezazo fue suficiente afirmación. Desde luego que no dormía a gusto. El menor sonido, por insignificante que pareciese, bastaba para obligarle a dar un nervioso brinco en la litera.

Esta razón venía a corroborar la prudente medida adoptada. Dos hombres desvelados no influían demasiado en el ritmo cotidiano de la espacionave. Pero si hubiesen sido los cinco tripulantes, la angustia habría acabado por enseñorearse de su existencia.

Había mentido a sabiendas cuando afirmó que el peligro desaparecía a medida que iba transcurriendo el tiempo. Una mentira piadosa hacia Lino Fox. El vigilante era quien más horas permanecía a solas, perdido en las salas de la bodega, y, por tanto, el mayormente expuesto a un posible ataque.

Le sabía hombre aclimatado a toda suerte de azares y lo suficientemente bien instruido como para defenderse con habilidad y eficacia. No obstante, Fox vería las cosas con calma si su ánimo se hallaba templado en vez de sacudido por los escalofríos del temor.

Así, pasando con la parsimonia de siempre, fue progresando el viaje y la cifra de los contadores se elevó a casi setecientos «atomgánsicos». Júpiter y sus lunas había quedado muy perdido en el espacio, hasta convertirse en una pequeña pelota de grisácea monocromía rodeada de puntitos minúsculos. Ante ellos, proyectadas en las pantallas de teleobservación que constituían el voraz alimento de Estrella Malkon, empezaba ya la vastísima zona de los «pigmeos» del Universo.

Se desparramaban tal multitud de asteroides, sin atmósfera y sin apenas gravedad, que las pantalloimágenes mantenían a la joven distraída y a Bill, aparentemente sereno, en disposición de meditar a sus anchas. La «cosa» habíase convertido para él y Fox en materia de obsesión. Por aquel entonces, coincidiendo con la navegación espacial a través de las cuatro dimensiones del sector asteroidal, fue cuando empezaron a desencadenarse los excitantes acontecimientos[5].

Por paradoja fue el profesor Kerman, uno de los que ignoraban la verdad, quien destacó un hecho objetivamente sin importancia. Bill atendía a los mandos de la nave y Estrella Malkon conversaba a

trechos con él, mientras fijaba la atención en las curiosas pantallas y los panoramas estelares reflejados allí.

—Disculpe que la moleste, señorita Malkon —dijo el climatólogo, después de saludar a ambos jóvenes—. Llevo un rato rebuscando entre mis cachivaches y no he podido encontrar una vieja pila eléctrica que creo haber traído en el equipaje. Por casualidad., ¿ha sido usted quien la ha cogido?

Estrella se sorprendió ante la inopinada pregunta.

—No, profesor —replicó— ¿Qué iba a hacer yo con una pila eléctrica?

—Eso es lo que pensaba. Se trata de un antiguo utensilio que apenas tiene aplicación. Yo mismo lo conservo como un recuerdo de mis tiempos de estudiante. Pensé que quizá... —se encogió de hombros—. Perdone. Debe estar por cualquier rincón.

—¿Ha buscado bien, profesor? —intervino Bill Sanders.

—Yo creo que sí —dijo Kerman—. Aunque es posible que haya omitido mirar en algún lado. Se me ocurrió suponer que alguno de ustedes... Bien. No tiene importancia. Ya. aparecerá. A lo mejor, ni siquiera me acorde de ella y la dejé olvidada en Ganymede.

—¿Para que necesita la pila? —inquirió Bill.

—Para nada importante, ésa es la verdad. Estaba «visionando» un fotótomo de física en plan de matar el tiempo y tropecé con un problema experimental cuya solución exige el empleo de la pila. Sentí deseos de efectuar el experimento y al ir a buscarla, me encontré con que no se hallaba en parte alguna.

—¿Está seguro de que la trajo a bordo?

—Casi seguro. Ahora empiezo a dudar. Pero no me hagan demasiado caso —sonrió-soy un viejo y la memoria comienza a jugarme malas pasadas.

El hecho quedó momentáneamente resuelto de esta forma y nadie volvió a acordarse de ello durante el resto del día. Bill Sanders, sin embargo, estuvo dándole vueltas al asunto en su cabeza y más tarde, al celebrar la cotidiana entrevista con Lino Fox, le puso en antecedentes.

—Es raro —comentó el guardián.

—Mucho. Kerman no tiene nada de olvidadizo, ni creo que pueda achacarse a la edad ese descuido. Afirmaría que trajo la pila a bordo, máxime si le profesaba tanto cariño por tratarse de un objeto de estudiante. Temo que, «realmente», alguien se haya apoderado de ella.

—¿Te refieres a la «cosa»?

—No me gusta admitirlo; pero es así. Leo no sabe ni media palabra de la trajineada pila. Estrella tampoco. Y por lo que respecta a nosotros dos...

—Escucha. Cuando una persona prepara su equipaje, es bastante

corriente dejarse algo fuera que tarde o temprano acaba por echarse de menos. Quizá al profesor Kerman le ha ocurrido…

—Ojalá —atajó Bill—. No sé que diablos me pasa de un tiempo a esta parte.

—Que estás nervioso. Yo puedo decir tres cuartos de lo mismo. Me encantaría acabar cuanto antes, y de una vez para siempre, con el enigma de la «cosa». Apuesto a que no volverías a preocuparte por la pila, de ignorar que existe un bloque vacío en la sala catorce ¿eh?

—Es posible que sea como tú dices ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna. Nadie se ha acercado al depósito de víveres. Tengo el suelo espolvoreado de fósforo sintético, invisible incluso en la oscuridad, pero capaz de ser reflejado empleando lámparas del tipo «luminofótico». ¿Las conoces?

—Sí.

—Una medida elemental que he puesto en práctica para mayor seguridad. Si alguien pisase el polvo, dejaría huellas al andar y podríamos seguirle el rastro ayudado por la lámpara. ¿Qué tal el anzuelo?

—Excelente. No se me había ocurrido.

—A mi, si, como ves. Tengo especial empeño en echarle mano a nuestro polizón y hacerle pagar caros los sobresaltos que nos produce. Si comete la equivocación de asaltar nuestra despensa habrá firmado su sentencia, porque le pescaré irremisiblemente.

Sí. Los dos terrestres habíanse confabulado para atrapar a la «cosa» y ponían en práctica nuevos recursos con la esperanza de conseguirlo. Lino Fox, gracias a su libertad de acción, estrechaba el cerco en torno al desconocido ser que se atrevió a escapar de Ganymede utilizando el transporte de uranio confiado a su custodia.

Hasta el momento no habían obtenido el menor resultado positivo, pero confiaban en lograr un éxito completo dentro del más breve plazo de tiempo posible. Su confianza, empero, cedió paso a la indignación horas después, al terminar el período de descanso, cuando —desde un punto de vista terráqueo— podía decirse que habían pasado la «noche».

Leo Carvel, Estrella y Fox estaban desayunando un manjar de aminoácidos gelatinados de alto poder nutritivo, y Bill, a solas en la cabina de dirección, permanecía frente al tablero electrónico. Hubiese podido ir a comer con ellos, para lo cual le habría bastado conectar el control de vuelo automático; pero el piloto jamás fue aficionado a dejar los mandos de la nave sujetos a mecanismos, con mayor motivo, atravesando una zona tan asaetada por meteoritos y astros errantes como lo era la de los planetoides. Por esta causa, fue el último en conocer el curioso fenómeno desarrollado durante el descanso que bien podían designar con el familiar calificativo de nocturno.

El profesor Kerman, que parecía retrasarse más que de costumbre, irrumpió en la cámara de sopetón. Su rostro ceniciento aparecía casi lívido y la cólera, tratándose de un hombre pacífico por naturaleza, resultaba tan patente que, por lo desacostumbrado, adquiría la categoría de terrible.

—Deben sentirse muy satisfechos; ¿verdad? —increpó de buenas a primeras—. ¡Pues sepan que la broma no me ha hecho nada de gracia!

Fox, Leo y la muchacha se volvieron a mirarle, extrañados por su incomprensible proceder. No podían dar crédito a lo que estaban oyendo. Pero era Kerman, el apacible y bondadoso Kerrnan.

—¿Le han gastado alguna broma? —preguntó Fox.

—¡No se hagan los inocentes! ¡Usted sabe bien a que me refiero!

—Si lo supiese, no se lo preguntaría —replicó el vigilante empleando su tono seco y tajante— ¿Cree que es esta forma de presentarse? A lo peor se ha vuelto loco, amigo. Estoy en mi derecho de pensarlo ¿no? Cuando alguien me insulta tan abiertamente es porque…

—¿Que cáscaras les pasa? —interrumpió Leo Carvel—. Vaya una manera de empezar la jornada. Con gritos y acusaciones. Hable claro, profesor. Que yo sepa, nadie se ha divertido a su costa.

—Leo tiene razón —apoyó Estrella Malkon con seriedad— Jamás hubiese creído que usted podría tratarnos tan desconsideradamente. Además, no veo el motivo para ponerse violento.

—¡Aquí esta el motivo! —reveló Kerman, mostrando el pequeño objeto que esgrimía en una mano— ¿Les parece poco? ¡Y yo pensando de buena fe que tal vez lo habría olvidado en Ganymede!

Tres pares de asombrados ojos convergieron en la anticuada pila eléctrica que el climatólogo mantenía a pocos palmos de sus narices. Estrella y Carvel empezaron a sonreir, como quitando importancia a la aparición del utensilio físico que Kerman estuvo buscando inútilmente antes de acostarse. Sólo Lino Fox, contraídas las mandíbulas, mantuvo la expresión hosca y dura.

Sentía lo mismo que si el suelo firme de la nave acabase de rajarse enviándole al insondable espacio. Pensó en Bill y no nudo evitar un escalofrío. Luego, automáticamente, y acaso por lógica asociación de ideas se dijo que si existía algún culpable éste sólo podía ser el que ambos sabían. Es decir, la «cosa».

—¿Les parece bonito ocultar la pila para después dejarla al lado de mi litera? —agregó Kerman— ¡Es una broma estúpida y que a nada conduce! Por lo menos, espero que el que haya sido demuestre el valor de reconocerlo… y ofrecerme la debida explicación.

—¿Dijo junto a su litera? —puntualizó Fox.

—¡Sí; junto a la litera! ¿Todavía le quedan ganas de chanza?

—Oiga, profesor… —empezó Leo Carvel—. Está ofuscado y supongo que será difícil sacarle de su error. Pero ninguno de nosotros me parece persona que goce bromeando de una forma tan absurda.

—¿De veras? ¿Puede asegurarlo?

—Puedo asegurar que yo no me he metido para nada en su cámara y mucho menos, tratando de sustraerle su ridícula pila.

—¡Entonces, habrán sido los demás!

—¡Profesor Kerman! —reprendió Estrella, incorporándose con ofendida altivez—. Va demasiado lejos. ¿Me imagina penetrando sigilosamente en su cuarto y apoderándome de ese instrumento? Ni siquiera conozco su funcionamiento. Además, yo estaba en la cabina de dirección cuando vino a preguntarme. Llevaba allí, con seguridad, tres o cuatro horas…

—No le dé tantas razones, señorita Malkon —gruñó Leo.

—Desde luego que no —reforzó Fox—. No se las merece después de haber dudado de nosotros. ¡Le exijo que pida disculpas a la señorita, Kerman!

—¡Yo también les exijo que no vuelvan a acordarse de mi cuando estén de humor fácil! Si nadie la hubiese tocado, la pila no tendría por que desaparecer y aparecer ella sola. Ahora mismo voy a informar al capitán. Me quejaré con toda energía. Y en cuanto a ustedes… —dio media vuelta, airado, y, antes de salir, añadió—: ¡Conozco algunas jugarretas que no les gustarán!

—¿Es una amenaza?

—Se lo advierto.

Leo Carvel bufó cómicamente cuando el viejo abandonó la cámara que les servía para sus comidas en colectividad. Estrella Malkon, ciertamente disgustada por el alcance dado a tan pueril contratiempo, se lamentó:

—Lo ha tomado por el lado más áspero. Sentiría que se molestase. En el fondo, es una persona excelente.

—Pues ha salido echando chispas de aquí. ¡Viejo loco!

—¿Ha sido usted, Leo?

—¡Por favor, Estrella! ¡No me confunda usted también! Hace tiempo que dejé los juegos de niños.

—No; no fui yo —declaró Lino Fox, al advertir que los hermosos ojos de la muchacha se posaban en él—. Le doy mi palabra.

—No lo entiendo —suspiró Estrella—. A bordo de la nave no existen muchas personas a las que poder acusar. Si no es usted, ni Leo, ni yo…

—Descarte a Bill —objetó, rápido, el vigilante—. No hemos intervenido ninguno de nosotros.

—¡Fox! —exclamó el copiloto— ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí… aunque parezca una idiotez. Perdonen. Voy a hablar con

Bill. Seguro que se hallará tan perplejo como ustedes.

Sanders lo estaba, en efecto. Unos instantes antes había recibido las airadas protestas del profesor Kerman, a quien trató de apaciguar conforme pudo. Lino Fox llegó a la cabina y lo encontró con las sienes aprisionadas entre las manos, mirando fijamente una de las esferas segmentadas del salpicadero.

—Da señales de vida... pero no en la forma que nosotros habíamos supuesto —rumió el vigilante.

—¿Qué pretenderá? ¿Sembrar el desconcierto?

—Lo ignoro, Bill —contestó, sombrío, Lino Fox—. Pero es indudable que ha empujado al viejo hacia la discordia. Esto debe terminar cuanto antes. No lo resisto. Acabaré creyendo que nos hallamos ante un problema tenebroso.

—Se va descubriendo, y ello significa un pequeño adelanto. Progresamos, que siempre es preferible a seguir estacionados. Hemos llegado al momento en que más falta nos hace mantener el equilibrio de nuestras reacciones.

—Yo creo, Bill, que hemos llegado a otro momento. Al de informar a los demás. Por lo pronto, y debido a esa pila, ya hay uno que desconfía del resto. Lo mismo ocurriría con Leo y Estrella si creyesen ser objeto de bromas pesadas. No nos engañemos. Díselo tú.

—¿Para qué? ¿Para que los recelos se transformen en terror? Todavía nos queda la esperanza de que vaya al depósito de víveres. El fósforo nos llevara hasta su escondite.

—Si tarda mucho en decidirse, para entonces nos odiaremos mutuamente. Sólo tú y yo estamos libres de este mal, pero ya ves que de nada sirve ocultar los hechos.

—Esperaremos hasta que no haya más remedio —remachó Bill—. Ni media palabra a los demás.

—Esta bien. Procuraré que no se sepa por mí. Sin embargo, estoy persuadido de que cometes una equivocación.

Acaso Lino Fox estaba en lo cierto, porque los siguientes acontecimientos vinieron a corroborar su tesis. El próximo en sufrir los misteriosos manejos de la «cosa» fue Leo Carvel. Ocurrió de forma imprevista. Dos jornadas más tarde, dándose a todos los demonios y maldiciendo fuertemente se presentó ante Bill.

—Uno de los elevadores no funciona —explicó—. He permanecido colgado en el túnel vertical un buen rato. ¿Y sabes por qué?

—Espero que me lo digas.

—¡No lo tomes con tanta calma! Alguien se ha distraído rompiendo una de las conducciones fluidicas y ha causado un cortacircuito. ¡Si hubiese sucedido en un lugar alejado de la proa os habríais pasado cuarenta horas hasta encontrarme! Le voy a dar un

sopapo a ese viejo terco y vengativo…

—¡No digas tonterías, Leo!

—Tonterias ¿eh? Ha sido él. ¡Seguro! Me guarda rencor por lo de la pila ¡Le pagaré sus bromitas a golpes!

—¿Dónde vas?

—A pedirle una satisfacción. ¡Nadie puede bloquear a Leo Carvel en un ascensor y reírse a sus espaldas!

—Espera… —gruñó Bill, asiéndole por los hombros—. ¡No juzgues tan prematuramente! ¿Para qué iba a molestarse Kerman en producir un cortacircuito?.

—¿No lo sabes? ¡Para fastidiarme!

—¡Oh, razona! ¡Tú no puedes creer que ese accidente haya sido una broma!

—¿No? ¿Qué fue entonces…?

—Ya lo he dicho. Un accidente. El cable conductor se habrá fundido por…

—¡Narices! ¡Lo hizo a propósito! ¡Tengo que demostrarle…!

—No le demostrarás nada. ¡Y basta de una vez!

Leo Carvel se puso tan obstinado que Bill tuvo que apelar a toda su energía para disuadirle. Mientras lo hacía, se recriminaba interiormente por la peliaguda situación que atravesaban. Estuvo tentado de contarle la verdad, de decirle que no eran cinco, sino seis, los tripulantes de la nave… y que el sexto, ese que producía los misteriosos disturbios, había entrado de matute en un bloque de uranio que se confundía con los auténticos.

Pero Carvel parecía tan excitado que acaso habríale perjudicado el conocimiento. Costó lo suyo conseguir apartar de su cerebro el propósito de tumbar al climatólogo de un puñetazo en la barbilla. Después del relevo, en unión de Lino Fox, realizaron una inspección en el túnel donde seguía atascado el elevador.

—Desemboca en la Sala Tres —declaró Bill—. Nosotros encontramos el bloque en la Catorce. La «cosa» va ascendiendo hacia la proa, Fox. ¡Se acerca a nosotros!

—No es la primera vez. Ya lo hizo cuando se atrevió a entrar en la cámara de reparaciones y llegó hasta la litera de Kerman para robarle la pila. ¡Seguimos sin verla! ¿Te das cuenta? El peligro aumenta. ¡Oh, no quiero dejarme ganar por las incertidumbres, pero ya estoy hasta la coronilla de esa persona, bicho o sombra viva! ¡Tenemos que prevenir a los demás!

—Morderá el cebo que le hemos tendido. Algo me dice que no puede fallar, Fox. Tú y yo nos encargaremos de atraparla. Entiende mi proceder, por favor. Hablándoles del descubrimiento evitaríamos que Kerman sospechase de Leo y éste del profesor; pero… ¿que sería de Estrella Malkon? ¡No viviría pensando en que la desconocida amenaza

ronda a su lado!

—Te entiendo de sobra. ¡Y también entiendo a los demás, cuernos! ¡Acabaremos todos paranoicos, a menos que esto se resuelva en breve!

Exacto y justo, el alegato de Lino Fox. La intranquilidad, el malestar y las antipatías aumentaban paulatinamente. No quería pensar en lo que hubiese sucedido si cada cual, consciente de sus actos, supiese ya la existencia de la «cosa». Sin duda, como exponía Bill, el terror sentaría sus reales, envolviéndoles a todos. Mas tampoco eran despreciables los inconvenientes de cerrar la boca y permitir que los malos pensamientos adquiriesen consistencia en la mente de los ignorantes.

La incertidumbre no pudo prolongarse por mucho tiempo a pesar del decidido empeño de Bill. Hasta entonces, siempre habíase amparado en Estrella Malkon y —en gran parte como consideración hacia ella— Fox mantuvo los labios sellados. Cuando se produjo el espasmo casi histórico que la empujó a buscar refugio en los fuertes brazos del piloto espacial, las circunstancias variaron por completo, y Bill, mal que le pesase, optó por explicar las cosas de modo que pudiesen vivir prevenidos.

El origen de todo fue un grito largo y asustado. Un grito que quebró el silencio casi angustioso de la nave y obligó a Bill a dar un salto en su litera, crispados los nervios y helado de espanto. ¡Estrella Malkon gritaba! No se detuvo a pensar en las consecuencias y abandonó la cámara como una exhalación. ¡Sería el primero en auxiliarla!

No llevaba encima más armas que los puños. En realidad, ni por un instante pasó por su imaginación la idea de que pudiese necesitarlas, a pesar de que no podía colegir con qué clase de extraños enemigos tendría que enfrentarse. El alarido de la muchacha fue suficiente para hacerle arrojar toda la prudencia y engallar su sangre batalladora. El pasillo iluminado se perdía al fondo, larguísimo, y un nuevo grito, éste mezclado con frenéticos sollozos, le guió hacia el extremo opuesto.

Corriendo como un poseído, con los pies descalzos y el fibroso cuerpo enfundado dentro del liviano «reposorio» de tejido sedonaylónico, avanzó raudamente. Estrella Malkon, apoyada la espalda en la pared, se veía sacudida por un llanto entrecortado y jadeante. Sus ojos bellísimos, agrandados por el horror, brillaban entre los dedos de las manos con las que, acaso intentando ocultar una visión infernal, cubríase el pálido rostro.

—¡Estrella! —chilló él galvanizado.

—Bill... ¡Oh, Bill, qué espanto!

Fue algo impulsivo, o necesario, lo que les empujó

instintivamente el uno contra el otro.

Se encontraron abrazados, buscando amparo ella y sintiéndose protector él, mientras los temblores sacudían la palpitante carne femenina. Por primera vez en mucho tiempo, Bill percibió contra el suyo la túrgida tibieza de otro cuerpo humano más delicado y sugestivo, que le rodeaba con sus brazos y lloraba desconsoladamente.

—¡Domínese! —ordenó— ¡haga un esfuerzo! ¡No ocurre nada junto a nosotros!

Histerismo. Un ataque nervioso. Temblaban sus labios húmedos y la huella de algo impresionante dilataba sus pupilas. Bill le acarició los cabellos y se esforzó en calmarla prodigándole frases llenas de ternura. Poco a poco, sobreponiéndose, la joven recuperó la serenidad perdida.

Para entonces, ya se hallaban junto a ellos Leo Carvel, el profesor Kerman y Lino Fox, en cuya diestra despedía mortecinos destellos la enorme y potentísima pistola de rayos. Habían ido acudiendo, sucesivamente, atraídos por la alarma que Estrella sembró con sus aterrados chillidos.

—¿Qué pasó? —preguntó el vigilante resumiendo individualmente el pluralizado pensamiento.

—Todavía no lo sé —contestó Bill— Estrella ha sufrido un sobresalto notable. Dejad que se calme por completo y ella nos lo explicará. ¿Se encuentra ya en condiciones de hacerlo?

La muchacha enjugándose las lágrimas, dijo que sí con la cabeza. Al ir recobrando la facultad del sereno raciocinio advirtió que a todos les tenía sobre ascuas, pendientes de sus palabras. El color volvía a sus mejillas, ruborizándola. No se atrevió a mirar a Bill cara a cara, porque le aturdía el hecho de haberse arrojado en sus brazos y permitir que éste la rodease. Aún continuaba nerviosa, pero la presencia de los reunidos fue tranquilizándola y no tardó en ser dueña de sus emociones.

—No hay mucho que explicar, ciertamente... —murmuró—. Creo que he obrado como una tonta dejándome arrastrar por impresiones que ahora me parecen inexistentes. Ha sido algo irreal, indescriptible, más imaginativo que corpóreo...

—Una pesadilla —aventuró el profesor Kerman.

—¡Usted qué sabe! —rezongó Leo Carvel—. O, quizá, sabe más que nadie ¿También fue una pesadilla lo de su pila eléctrica?

—No discutan, por favor —pidió Bill—. Esto puede ser serio.

—Temo que esta en lo cierto, profesor —agregó Estrella, conciliadora—. Sí; parece producto de una horrible pesadilla.

—No divaguemos —casi apremió Fox, que seguía sin enfundar la pistola—. Díganos lo ocurrido a su modo, pero tratando de que podamos entenderlo. Los gritos no tenían nada de pesadilla. Era igual

que si la estuviesen despellejando viva, señorita.

—Siento haberles causado tantas molestias. Es imperdonable que me haya comportado de este modo... —miró a los presentes, avergonzada—. Estaba durmiendo, cuando me desperté, presa de un súbito espanto. Acaso creí que me despertaba y lo único que hice fue seguir soñando. Pero...

—¿Pero? —alentó Bill al apreciar que se detenía.

—NO puedo asegurarlo. ¡Va contra todas las leyes de la lógica, lo sé! Me pareció percibir una respiración entrecortada dentro de la Cámara, igual que si alguien rondase a mi lado. Hasta creí ver una sombra extraña, encorvada, que alargaba una especie de tentáculos de dedos palmípedos hacia mí...

Bill Sanders desvió los ojos y halló, inquisitiva, la mirada de Lino Fox. No pronunciaron ni una sílaba, pero ambos, espeluznados, se comprendieron. Una erización maligna recorrió su columna vertebral.

—¿Qué más? —interrogaba Leo Carvel.

—¡Oh, no puedo precisarlo! Lo único que se es que saltó de la litera y eché a correr despavorida. ¡Juraría que rocé una piel viscosa, cuyo contacto me repelió! Salí al pasillo y comencé a gritar aterrorizada. No recuerdo nada mas, excepto que Bill acudió el primero a mi lado y... y que me lancé sobre él. ¡Ha sido ridículo!

—Quizá, no —dijo Fox gravemente.

—Las pesadillas acusan efectos inexplicables a veces —determinó el profesor Kerman—. Nos ha dado un buen susto, señorita Malkon. Después de los hechos misteriosos ocurridos estas jornadas pasadas, ya pensaba que sobre nosotros se cern...

—No ha sido una pesadilla —cortó Fox—. Puedo asegurarlo. Trate de recordar exactamente todo lo relativo a esa sombra. Usted dijo que parecía encorvada y proyectaba hacia su cuerpo unos tentáculos de dedos palmípedos. También agregó algo sobre la piel...

—No irán a creerme ¿verdad?

—¿Por que no, señorita Malkon?

—Porque estas impresiones sólo las he vivido en mi imaginación. El profesor ha definido certeramente mi estado.

—Se equivoca... Existe un peligro en torno. Precisamente... Bill Sanders quería decirles algo interesante respecto a ello ¿no es cierto, Bill?

Lino Fox se volvió a mirarles y en sus pupilas brilló una leve acusación. Leo, Kerman y hasta la propia Estrella Malkon le miraron igualmente, entre sorprendidos y curiosos. El piloto espacial, consciente de que iba a jugar una carta decisiva para el futuro de todos, comprimió los labios. No deseaba revelar nada, porque continuaba aferrado a su teoría inicial. Era la única prudente para evitar que les atenazase el malestar.

Sin embargo, las firmes convicciones empezaron a vacilar cuando recordó los estremecimientos de Estrella. La había tenido en sus brazos. Escuchado los acelerados latidos de su palpitante corazón. Después de todo, el primordial motivo que le impulsó a callar la verdad residía en la joven, pero, lo mismo que Fox, ahora estaba seguro de que sólo la «cosa» podía haberse introducido en su cuarto para tratar de causarle cualquier ignorado mal. En un arranque, echando por la borda los postreros escrúpulos, recorrió los rostros de los congregados con una mirada lenta y especulativa.

—Sí —declaró—. Es preferible que abandonen la idea de bromas; accidentes casuales y pesadillas. Afrontemos los hechos. Desde hace algún tiempo, Fox y yo sabemos que existe alguien más en la nave aparte de nosotros cinco. Creo que ese «alguien» tiene la culpa de los últimos misterios.

—¡Cáscaras! —exclamó Leo Carvel.

Su exclamación fue el único sonido articulado que durante varios agobiantes segundos se escuchó en derredor. El profesor Kerman habíase quedado como petrificado, y respecto a Estrella Malkon, que fijaba afanosamente sus ojos en los de Bill, fue perdiendo color facial de forma apreciable ¡No era una pesadilla! ¡Corrió «verdadero» peligro! Lino Fox enfundó entonces la pistola y sonrió. Fue la suya una sonrisa de gratitud y alivio.

—Perdona… Pero no había otro remedio —suspiró—. Ellos tienen derecho a saberlo.

—No te guardo rencor —dijo Bill—. Después de lo ocurrido esta noche, es mil veces preferible vivir prevenidos a continuar ignorando que una amenaza extraordinaria se cierne a nuestro alrededor. Escúchenme con calma, por favor. Lo que voy a decirles creo que les asombrará tanto como a mí. Pero Fox tiene razón. Es necesario que lo sepan…

CAPITULO VIII

Huellas de fósforo

Todos conocían ahora la verdad. La espantable e inconcebible verdad ¡Había un polizón a bordo de la astronave cuyo empeño en no dejarse ver agravaba la situación! Lo designaban, en susurros, con el ambiguo nombre de la «cosa», porque nadie hasta entonces consiguió verlo en su materialización física.

Ya lo sabían. Todo. Desde la existencia del bloque de la sala catorce hasta la angustia causada por su última hazaña en el cuarto de Estrella. Los misterios quedaban aclarados. Pero sólo en su fase exterior. Entretanto, persistía la duda, las aprensiones hacia lo incierto, el temor a lo sobrenatural y diabólico ¿Cómo sería? ¿Habría acertado la gentil mineróloga al describirle? ¿Eran sus apreciaciones fruto de la fantasía o producidas por el estado de excitación en que abandonó el lecho?

Enigma. Siempre aquella palabra escueta y obscura. Una palabra que en las zonas impalpables del espacio adquiría caracteres desfallecientes para los Humanos, porque, a pesar de haber dominado las rutas interestelares y contar establecimientos de bases cósmicas, la interrogante de lo grandiosamente infinito les recordaba en todo momento la microscópica pequeñez del Hombre enfrentado al Universo gigante.

Eran mortales. Vulnerables organismos supeditados al oxígeno, a las presiones y a la capacidad sanguínea. Frágiles cuerpos que servían de envoltura a unas almas creadas a semejanza divina. Pero con el lastre espiritual de la mente, las preocupaciones y los temores. Comprendían lo real; mas les estremecía lo ignorado, los imprevistos, la sobrenaturalidad de unos indicios que nada poseían de alentadores.

La «Cosa», gravitando en derredor de cinco vidas dispares, íbase acrecentando con el volumen de una consistencia mental. Les atosigaba, les oprimía y muy lenta, pero a paso firme, acabaría cerrando el dogal de lo misterioso si antes no descorrían los velos sutiles que le proporcionaban trágico mito de leyenda increíble.

Una pila eléctrica, un elevador averiado y un susto en pleno descanso. He aquí los tres hitos que señalaban el progresivo desarrollo de una aventura cuyo prólogo ofrecióse al conjuro de un cubo de uranio vacío. Bill Sanders había acertado un exacto pleno psicológico y ahora, machacando la evidencia, los tripulantes de la espacionave vivían en un suspenso opresivo, el de la amenaza no conocida.

Kerman, retraído, se sentía humillado por sus acusaciones. Leo

Carvel, antes jovial, miraba con aprensión a su alrededor. Estrella tenía miedo, verdadero pánico, y esta penosa sensación la aproximaba a Bill, lo mismo que si a su lado pudiese hallarse milagrosamente a salvo. Lino Fox, envenenado por los afanes investigadores, no reposo a su cuerpo. Hora tras hora, infatigable, recorría la bodega y el dédalo de salas que taladraban la estructura interna de la nave igual que una maraña de encrucijadas.

¡Encontrar a la «cosa»! Esta convertíase en consigna obligada para los terrestres. Buscar, revolver, indagar siempre. Jornada tras jornada, cumpliendo el sistema existencial que regía para «vagaespacios» y pasajeros, nadie olvidaba la primordial misión y se vivía en constante estado de alarma.

Se hallaban ya demasiado lejos de Júpiter para retroceder. El sector espacial de los «enanos» era su radio de navegación. Después, pero todavía distanciadísimo, vendría Marte. En el área marciana podrían pedir auxilio a la Base que la Policía Interplanetaria tenía establecida en Phobos[6]. Pero este constituía el último y más deleznable recurso para Fox, quien pretendía, por sí solo y valiéndose de medios propios, revelar todos los enigmas esparcidos en torno a la «cosa».

Todavía les quedaba por sufrir un horrible descubrimiento final. Algo que únicamente Bill había tenido ocasión de contemplar y que le sumió en invencibles náuseas. Quizá ni siquiera se acordaba ya del malhadado capataz Dayton. Las últimas cincuenta horas transcurrieron en completa tranquilidad. Sabían que existía la «cosa», pero, en apariencia, sus desmoralizadoras maquinaciones habían cesado.

Calma. Sosiego. Una paz idílica, opuesta a la enervante agitación de la «auténtica» pesadilla que vivió Estrella Malkon.

En la cabina de dirección Bill Sanders permanecía atento a la navegación espacial. Cuerpos astrales sin vida, flotando en la negra bóveda celeste —algunos no mayores que un pedazo de roca común— bailoteaban en la pantalla de teleobservación, frente a la cual, indiferente, se hallaba Estrella Malkon. Con el rabillo del ojo, Bill observaba su apática contemplación.

Había perdido interés por el entretenimiento, acaso porque su imaginación veíase ahora ocupada por ideas contradictorias y opresivas. Por esas ideas casi derrotistas que surgen al amparo del temor a lo oculto.

—Aquel cinturón compuesto por un rosario de cuentas azuladas —indicó Bill— representa una de las muchas «familias» de pequeños planetas que forman el reino asteroidal. A la derecha de la pantalla ¿Lo ve?

—Sí. Gracias. Es interesante.

—No parece decirlo con mucho entusiasmo, Estrella.

—¡Oh, claro que me entusiasma!

—Pero no como antes.

—Pues... —dudó la joven.

—Se esta aburriendo. Absorta en pensamientos. No se inquiete, Estrella. Es asunto mío y de Fox ocuparnos de la situación. Le apuesto a que la resolveremos antes de cruzar la órbita de Marte.

—Apostar no es propio de mujeres. Además, no me aburro.

—La veo distinta. Y leo la causa en sus ojos... porque ellos no saben mentir. Muchas de las cosas que antes le seducían, han perdido ahora su atractivo ¿verdad?

Ella inclinó la cabeza. No dijo nada, pero su silencio fue por demás elocuente.

—Olvide a la «cosa». Como si nunca hubiese existido.

—Es muy difícil hacerlo. Yo diría que hasta imposible —murmuró— ¡Resulta tan doloroso procurar escapar de un peligro al que no se ve! ¿Puede usted olvidarlo, Bill?

—Forma parte de mi obligación tenerlo bien presente. Pero la cuestión no reza con los pasajeros.

—Me haría feliz apartarlo unas horas de la imaginación...

—Estaba convencido de que no ganaríamos nada divulgándolo y por eso demore cuanto pude comunicárselo a los demás.

—Usted y Fox han debido pasar un gran apuro. Supongo que no tendría nada de agradable callar mientras nosotros nos creíamos víctimas de estúpidas bromas.

—No fue agradable, en verdad, pero yo lo prefería

Bill Sanders dejó de hablar. El telecomunicador interior parpadeaba, llamando a la escucha. Multitud de veces había ocurrido, porque lo usaban todos con frecuencia debido a las enormes distancias que debían recorrerse dentro de la nave. Era mucho mas sencillo emplear el servicio de telecomunicación.

Podía ser Leo Carvel o cualquiera de los otros, que deseaban preguntarle algo o consultarle respecto a determinada cuestión. Los parpadeos luminosos continuaban y Bill, quieto, no se atrevió a alargar la mano para establecer la conexión.

¿Por qué? Todo era igual que siempre. Lo mismo. Idénticos destellos, exacta vibración sonora. Sin embargo, tuvo un presentimiento. Una premonición acuciante y tétrica. Ahora, no parecía como antes.

Sintió la certeza de que iban a ocurrir novedades, a presentarse nuevas zozobras tan radicalmente que les dejarían anonadados. Si hubiese participado a alguien sus temores, no le habrían creído ¿Qué era él, después de todo, para presumir de adivinar el futuro? Nada. Sólo un piloto espacial, experto en su profesión y avezado a las rutas

solitarias del uranio.

—Llaman —señaló Estrella.

—No se mueva. Yo atenderá la llamada.

Sí. Debía contestar. Pulsar el botón de recepción y escuchar la voz al tiempo que visionaba la imagen de su teleinterlocutor. Lo hizo a disgusto, cada vez más dominado por un retorcido sentimiento de agobio. Acaso era lógico que se sorprendiese cuando apareció el huesudo rostro de hombre que le llamaba. Pero Bill Sanders no experimentó sorpresa. Lo adivinó antes de que sucediese.

—¡Es Fox! —exclamó, muy quedo, la muchacha— ¡Parece nervioso!

—Habla —pidió la voz enronquecida de Bill.

—¡Ya la tenemos, muchacho! ¡Ha mordido el anzuelo!

Un escalofrío reptó, velocísimo, atravesando sus vértebras cervicales. Los ojos del vigilante despedían fulgores épicos, como de alucinado. Un suspiro arrastrado escapó de los entreabiertos labios de Estrella, ganada por la emoción.

—¿Te refieres a...?

—¡A la «cosa», naturalmente! —se anticipó Lino Fox— Al fin ha sido como tú decías, Bill. En mi última inspección al depósito de víveres... ¡encontré pisoteado el polvo de fósforo sintético! ¡Voy tras la pista!

—¡Espera! —ordenó el piloto— ¡Es una orden, Fox!

—¿Qué absurdo es ese de esperar? ¡Se ha presentado la ocasión y no podemos desaprovecharla! Te lo he avisado simplemente para que sepas que todo marcha a pedir de boca. Mira —agregó, emplazando una alargada linterna del tipo «luminofótico» ante el rectángulo de la pantalla— ¡Llevo la lámpara que destacará el rastro dejado por las pisadas de la «Cosa».

—¡No te muevas de donde estás! ¡Ahora bajo a reunirme contigo! ¡El tiempo justo para proveerme de otra lámpara!

—Baja cuando quieras, Bill... ¡pero yo emprendo ahora. mismo el camino! ¡Me he prometido ser el primero en ver de cerca la presa! El rastro se dirije al ascensor que transporta a la Sala Uno. Felicita a Estrella Malkon en mi nombre, porque efectivamente sus pies... ¡están provistos de dedos palmípedos!

—¡Atiende, cabezota...!

La pantalla del telecomunicador se apagó y fue en vano que Bill pulsase el botón, porque Fox acababa de cortar la llamada. ¡Se comportaba como un muchacho impulsivo y anhelante! Quería atrapar a la «cosa» y nadie podría detenerle. Sería un triunfo en su carrera de vigilante jurado al servicio de la PLANETAL, que prepararía el informe decisivo para proponerle al ascenso. Bill lo comprendía, pero...

Sin embargo, no pensaba en laureles y honores. ¡Pensaba en que se lanzaba a correr un peligro inminente y que mejor habría sido afrontarlo en compañía! ¡«Sabía» que una vida estaba en juego!

—¡Ese loco! —rezongó.

—Estoy temblando de emoción Bill. ¡No tardaremos en averiguar la verdad!

—Necesito que me haga un favor, Estrella —replicó él, abandonando el asiento frente a los mandos— ¡Avise a, Leo Carvel en seguida! ¡Pulse la clave Doce-H del telecomunicador navegatorial!

Estrella se puso en pie, electrizada por el dominante mandato del piloto, y anduvo hasta el aparato que éste le indicaba. Mientras tanto, Bill conectó el control automático de dirección. Una medida de la que no era partidario, sobre todo viajando por la zona salpicada de asteroides cuyas órbitas sufrían variaciones constantes. Mas no le quedaba otro recurso si pretendía correr en pos del enloquecido Fox ¡Y aquel maldito presentimiento rezumando desgracias sin apartarse de su imaginación!

—Hola, Leo... —decía la muchacha—. El capitán ordena que acuda en seguida a la cabina, para encargarse de la dirección...

—No, pero...¡Es mejor que se presente cuanto antes! Navegamos a control automático...

—¡Cascaras! ¡Considéreme ahí! ¡Voy de un salto!

Bill celebró que el copiloto no se extendiese en preguntas enojosas. Echó una ojeada a las esferas y tomó nota mental de las mediciones. Estrella Malkon, trémula, le miró a los ojos.

—Bill... —susurró— ¡Oh, Bill, tengo miedo!

Miedo... Algo súbito e incontrolable. Una sensación muy humana y muy femenina. Le destinó una sonrisa que intentó convertir en alentadora.

—No abra la puerta a nadie, excepto a Leo. Puede decirle lo que ocurre... ¡y que por nada del mundo abandone los mandos! ¡Volamos por la zona de máxima obstaculización espacial y aparte de los haces desintegradores de corpúsculos errantes, es preciso mantener intensa atención!

—Bill... —repitió—. Estoy asustada como nunca. Debía ser todo lo contrario, ya lo sé. Pero...

—Tenga fe... y tranquilícese. Todo saldrá bien.

—Es usted quien me preocupa. Obre con prudencia. Piense en... en nosotros.

—Claro.

—Le deseo mucha suerte.

Hubo un suspenso entre ambos. Un breve paréntesis contemplativo que puso significativa elocuencia a sus miradas y agitó el latir del corazón. Bill crispó los puños y se debatió entre la

obligación y la fuerza instintiva de sus inclinaciones.

Ella tenía miedo, sí. Mucho. Quizá tanto como aquella ocasión en que, horrorizada, se arrojó en sus brazos. ¡Cuánto le hubiese agradado ahora poder estrecharla tiernamente! Pero no. ¡No podía perder más tiempo! ¡Lino Fox rastreaba el suelo siguiendo las marcas dejadas por la «cosa»!

—Sea obediente —pidió—. Y sonría. ¡Hasta luego!

—¡Cuídese, por favor! ¡A usted no debe ocurrirle «nada», Bill!

—Le traeré a ese nefasto polizón inmovilizado por un juego de esposas eléctricas. ¡Tendrá que arrodillarse ante usted para implorar su perdón por todas las angustias que la hace sufrir! ¡Adiós, Estrella!

—Adiós...

No consiguió sofocar un sollozo. ¿Por qué lloraba? Nervios, sin duda. Bill lo escuchó cuando cerraba la doble puerta de seguridad y se mordió los labios. También le dolía —¡con dolor agudo!— abandonarla en aquel trance. No estaría mucho tiempo sola en la cabina, pensó para tranquilizarse, porque Leo Carvel se presentaría dentro de cortos instantes.

Procuró olvidarse de todo, dejar la mente absolutamente en blanco. y concentrar el cúmulo de energías en la misión que le aguardaba nada más trasponer la entrada de la Sala Uno. ¡Al fin había llegado el ansiado momento! Se acabó la lucha a ciegas contra un enemigo invisible. Gracias al fósforo sintético localizarían el último escondrijo del polizón introducido en la Base Ganymede. ¡Lo castigarían inexorablemente!

Corriendo a saltos, patinando a veces sobre la pulida superficie del suelo. Bill alcanzó el elevador más próximo. Su respiración sonaba excitada cuando se introdujo en el cilindro de metal y accionó el manipulador de descenso. Un chispazo, el silbido clásico y la jaula acerotungsténica cayó como un proyectil por la sima del túnel circular.

Bajaba. ¡Baiaba en busca de la «cosa»! Para entonces Fox debía ya hallarse pisándole los talones. Sonrió grotescamente ante la ironía. ¿Cómo serían los talones de aquellos pies que dejaban huellas palmípedas? ¿Y el resto del cuerpo? ¿Y su rostro? No podía tratarse de un ser humano, un individuo de concepción terrestre. Sin embargo, el organismo tampoco podía disfrutar de excesivo desarrollo, puesto que cabía dentro de los bloques de uranio cristalizado.

Recordó un viejo axioma del espacio: «A planetas grandes, habitantes pequeños». Lógico. Mayor fuerza de gravedad, menor volumen corpóreo ¿De qué remoto planeta, estrella o asteroide procedería la «Cosa»?

El corazón brincaba en su pecho cuando deceleró y le hizo tambalearse el brusco frenazo. Salió del cilindro y se dirigió a largas

zancadas al cuarto de aprovisionamiento. Allí encontraría lo que buscaba. Dos cosas imprescindibles para iniciar el acoso con garantías protectoras a su favor: una pistola de rayos y una linterna de la clase «luminofótica». Halló ambos objetos en sus lugares respectivos y, con uno en cada mano, sin dejar de correr, se precipitó en la Sala Uno.

Fox, que le había precedido, cortó del todo la luminosidad de los arcos incandescentes. En la cavernosa estancia, donde cada suspiro multiplicaba su sonorización, imperaban las tinieblas más absolutas. Encendió la lámpara y el cono de luz verdosa recorrió, serpenteando, el suelo.

¡Una huella! ¡Otra! ¡Y otra alejándose por el pasillo!

—Pies de configuración triangular, palmípedos, anchos... —detalló una voz inaudible en el interior de su cabeza.

Echó a andar, rodeado de silencio y negruras, pisando casi sobre las marcas de fósforo que brillaban mágicamente al ser bañadas por la luz verde que fomentaba la descomposición de sus moléculas resplandecientes. ¡Adelante, Bill! ¡Firme la pistola y agudos los ojos! ¡Por enésima vez en la Historia del Espacio, los intrepidos terrestres se atreven a bucear en lo desconocido y estallante de peligros!

No sabía entonces la verdad. No imaginaba, ni por ensueño, lo que estábale esperando dentro de la nave. Pronto encontraría a Lino Fox... o mejor dicho, lo que de él quedaba. Sus restos. Un cuerpo entero, pero absorbido en la más esencial de las partes.

No pensaba ya en Ganymede, ni en Dayton, ni siquiera en la azozobrada Estrella Malkon, que rogaba por él desde un rincón perdido en la cabina. «Muerte cerebral» se llamaba aquello. Una trepanación horrible, que practicaban extraños especímenes infrahumanos. Habitantes extragalácticos, seres humanoides, filtrados entre terrestres.

No. Bill ignoraba muchas cosas. Hechos morbosos que parecían fruto de una realidad esquizofrénica. La espacionave volaba rauda por el «reino de los enanos» y sus tripulantes podían creerse dueños y señores. Pero no lo eran. Bien pronto se darían cuenta de que estaban prisioneros. Cautivos en su propia casa. Encarcelados en una celda inmensa, repleta de uranio cristalizado... y que acaso terminase por convertirse en su pavorosa tumba.

F I N

¿Cree que es posible remediar la caótica situación en que viven los «vagaespacios» de la astronave del uranio?

No lo asegure todavía. Espere a leer el próximo número, y déjese conducir por la extraordinaria genialidad creadora de

JOE BENNETT

Solos en el Universo infinito, rodeados de peligros y condenados a la «muerte cerebral», la angustia adquiere en cada página un alto grado de tensión. Ciencia y fantasía futurista. Situaciones que usted no podrá resistir sin alterarse porque

VACIO SINIESTRO

Es el título que todos los buenos amantes de la literatura fantástica aguardaban con ansiedad. Se publicará en el próximo número de la prestigiosa Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Se refiere a Júpiter. Saturno, Urano, Neptuno y Plutón, planetas helados totalmente.

[2] Que gira en dirección opuesta a la usual en el Sistema Solar

[3] El uranio puro no se encuentra en las minas. Según los usos científicos a que se destine. se hace necesario disociarlo de sus compuestos minerales fundidos. El proceso de purificación absorbe varias etapas. Por ejemplo, se ha de convertir en metal si el uso conviene realizarlo como elemento sólido o en hexafluoruro de uranio cuando interesa la utilización gaseosa. Esto son sólo dos ejemplos de la multitud de refinaciones y procesos a que puede ser sometido.

[4] Efectivamente. entre Marte y Júpiter se encuentra el astronómicamente llamado «reino de los enanos». Miles de asteroides y planetoides pueblan el espacio, como minúsculos guijarros espolvoreando la antesala de la región cósmica donde destacan los planetas gigantes situados más lejos del Sol.

[5] Las dimensiones conocidas son tres: largo, ancho y alto. Podría decirse que éstas son las «palpablemente» demostradas. Pero Einstein, tras laboriosos cálculos basados en sus teorías de la relatividad, logró establecer una cuarta aplicada al espacio. Esta última y extraordinaria dimensión, hoy aceptada por los astrofísicos, es el tiempo.

[6] Phobos y Deimos, satélites de Marte.